



# Los Reyes en América

4. URUGUAY. BRASIL.  
VENEZUELA: PREMIO «SIMON BOLIVAR»

44



COLECCION  
INFORME

# Los Reyes en América

## 4. URUGUAY. BRASIL. VENEZUELA: PREMIO «SIMÓN BOLÍVAR»

MADRID, 1983

SERVICIO CENTRAL DE PUBLICACIONES  
Presidencia del Gobierno  
ISBN: 84-7471-060-X / Depósito legal: M. 27814/1983  
Imprenta Nacional del Boletín Oficial del Estado



Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado <http://publicacionesoficiales.boe.es>  
Ministerio de la Presidencia. Secretaría General Técnica-Secretariado del Gobierno. Centro de Publicaciones

NIPO: 002-12-044-0

# SUMARIO

LOS REYES EN URUGUAY	4
PALABRAS DE S. M. EL REY CON MOTIVO DE LA CEREMONIA DE RECEPCIÓN EN EL AEROPUERTO	4
PALABRAS DE S. M. EL REY CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LLAVES EN MONTEVIDEO	4
DISCURSO DE S. M. EL REY CON OCASIÓN DE LA CENA OFRECIDA POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY EN EL PALACIO LEGISLATIVO	5
DISCURSO DE S. M. EL REY EN ALADI	7
DISCURSO DE S. M. EL REY CON OCASIÓN DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO	8
DISCURSO DE S. M. EL REY A LA COLONIA ESPAÑOLA EN URUGUAY	12
LOS REYES EN BRASIL	15
BRINDIS DE S. M. EL REY EN EL ALMUERZO OFRECIDO POR EL GOBERNADOR DE BAHÍA	15
PALABRAS DE S. M. EL REY A LA COLONIA ESPAÑOLA EN SALVADOR (BAHÍA)	16
PALABRAS DE S. M. EL REY EN CONTESTACIÓN AL BRINDIS DE BIENVENIDA DEL PRESIDENTE DE BRASIL	17
MENSAJE DIRIGIDO POR S. M. EL REY A LAS CÁMARAS LEGISLATIVAS DE LA REPÚBLICA FEDERATIVA DE BRASIL	20
DISCURSO DE S. M. EL REY ANTE EL SUPREMO TRIBUNAL FEDERAL DE BRASILIA	23
DISCURSO DE S. M. EL REY EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BRASILIA, CON OCASIÓN DE SU NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE LA MISMA	24
BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE BRASIL, EN LA EMBAJADA DE ESPAÑA	26
PALABRAS DE S. M. EL REY ANTE LA COLONIA ESPAÑOLA DE RÍO DE JANEIRO	27
BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA POR EL GOBERNADOR DEL ESTADO DE RÍO DE JANEIRO EN HONOR DE SS. MM.	28
PALABRAS DE S. M. EL REY ANTE LA COLONIA ESPAÑOLA DE SÃO PAULO	30
DISCURSO DE S. M. EL REY EN LA UNIVERSIDAD DE SÃO PAULO CON OCASIÓN DE SU NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE LA MISMA	31

BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA EN SU HONOR POR EL GOBERNADOR DEL ESTADO DE SÃO PAULO, SR. FRANCO MONTORO	35
LOS REYES EN VENEZUELA: PREMIO SIMÓN BOLÍVAR	37
DISCURSO DE S. M. EL REY EN EL PANTEÓN DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR	37
DISCURSO DE S. M. EL REY AL RECIBIR EL PREMIO «SIMÓN BOLÍVAR»	41

# LOS REYES EN URUGUAY

*El talante de cultura integradora de vuestro pueblo, que plasmó en una de las democracias más arraigadas de la América hispana, también se mostrará ahora en la búsqueda incansable de fórmulas para retornar a vuestro sistema tradicional*

## **PALABRAS DE S. M. EL REY CON MOTIVO DE LA CEREMONIA DE RECEPCIÓN EN EL AEROPUERTO**

Al llegar por primera vez en visita de Estado a esta tan querida, entrañable y hermosa tierra uruguaya, la emoción me embarga al saber que me encuentro entre el noble pueblo oriental al que, como Rey de España, envió mi reconocido saludo.

La Reina y yo agradecemos vivamente, señor Presidente, sus cálidas palabras de bienvenida a este insigne país hermano, que tan generosamente ha acogido en su seno a innumerables compatriotas que depositaron en el Uruguay todos sus anhelos y esperanzas.

Quiero, por ello, dejar constancia de mi invariable gratitud a este gran pueblo que ha sido y es, para muchos de los míos, prolongación natural de nuestra patria.

Quiero, asimismo, con mi presencia en la tierra uruguaya, dar testimonio de esos vínculos imperecederos que amalgaman a nuestros dos pueblos.

Quiero, por fin, rendir homenaje a vuestros proceres y a esa gran pléyade de intelectuales, escritores y poetas que tanto han enriquecido la cultura occidental y a los que Uruguay dio el ser.

Traigo el saludo del pueblo español que, al igual que todos los de nuestra comunidad hispánica, participa de los ideales de libertad, de justicia y de paz que unen a los países fraternos.

La Reina y yo, señor Presidente, agradecemos profundamente la bienvenida que nos dispensa hoy la República Oriental del Uruguay, en el convencimiento de que vamos a vivir unas jornadas que calarán muy hondo en nuestros corazones.

## **PALABRAS DE S. M. EL REY CON MOTIVO DE LA ENTREGA DE LLAVES EN MONTEVIDEO**

Una llave es el símbolo de lo que se encierra, del secreto, de lo que está guardado y no se puede ver sin utilizarla. Pero significa también la apertura, la entrega y el ofrecimiento

de lo que está encerrado. Por ello, al entregarme el señor Teniente estas llaves de una ciudad tan vuestra y tan española, las recibo con profundo recogimiento, con inmensa emoción.

La historia agitada de esta serena fortaleza, fundada por Zabala en mil setecientos veintiséis y que más tarde se convirtiera en cuna del comercio rioplatense, no puede menos de embargar el espíritu de quien ostenta la representación del pueblo español.

Con la serenidad y paz de esta ciudad de Montevideo, siento también el afecto a la tradicional y generosa hospitalidad uruguaya.

«La muy leal y reconquistadora».

Un bello lema para una noble ciudad y para un pueblo que siempre hizo gala de esos valores. Muchas gracias.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY CON OCASIÓN DE LA CENA OFRECIDA POR EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY EN EL PALACIO LEGISLATIVO**

Al otorgarnos hace unos instantes, Vuestra Excelencia, a la Reina y a mí, la más alta distinción del Estado Uruguayo, le he expresado, con nuestra gratitud, la más honda emoción al haber arribado a este bello país, tan europeo en sus costumbres y maneras, y cuya capital, Montevideo, tanto recuerda a nuestras ciudades españolas.

Si vuestras tierras nos traen a la memoria las nuestras, y ello emociona a cualquier español que aquí llega, quiero tener presentes también a los centenares de miles de españoles que acudieron a la llamada de la tierra oriental y se integraron en sus destinos.

Por esa vía nuestra vinculación de hermandad logró un nuevo e invaluable impulso.

Sobre ese temple vital han discurrido nuestras relaciones de país a país.

Nuestros pueblos han vivido pendientes el uno del otro, celebrando como propios los éxitos del hermano y sintiéndose unidos en las dificultades. Han dado prueba constante de concordia y armonía, fieles al espíritu obligado de todo entendimiento fraternal.

En España y en el mundo entero vivimos un período crítico que hace que mis responsabilidades, como Jefe de Estado, se multipliquen, acortando mi tiempo. Pero desde que, con la Corona, asumí estas responsabilidades me impuse el grato e irrenunciable deber de rendir, con mi presencia, a estos países hermanos de América, el homenaje que un Rey de España, no sólo como tal, sino también como un español más, debe ofrecerles.

Interrumpidos estos viajes durante un período de más de tres años, debido a otros compromisos de Estado, hoy estoy aquí, entre vosotros, en la tierra de Artigas.

Sé que vuestra gloriosa historia está llena de hombres de raíz y origen español, porque la historia de la República Oriental del Uruguay, con su valeroso talante, pertenece a la historia de España, de la misma manera que en la nuestra encontraréis el origen de ese trasfondo de pueblo indómito y civilizado que os caracteriza.

Efectivamente, no podemos dejar de destacar el nivel cultural alcanzado por una nación que cuenta entre sus hijos más preclaros a poetas y escritores como el viejo Pancho, Horacio Quiroga, Juana de Ibarbourou, Zorrilla de Sanmartín o Juan Carlos Onetti; pensadores de tanta valía como José Enrique Rodó, Carlos Baz Ferreira, y pintores como los Blanes, Joaquín Torres García y Barradas, que trabajaron tanto en Uruguay como en España.

De nuevo quiero proclamar la vocación iberoamericana de España y mi fe en la solidaridad de los pueblos hermanos.

Nuestra historia y nuestro pensamiento discurren por las vías de una misma lengua, enriquecida por todos, y nuestra concepción del hombre y de la vida son las mismas.

Entre nuestros pueblos todo es alma común, todo es espíritu de la misma civilización.

Para alcanzar una sociedad abierta y plural en la que la libertad y la justicia sean norma, no nos debe faltar el máximo empeño.

Pienso, como Artigas, que:

«La energía es el recurso de las almas grandes.»

El talante de cultura integradora de vuestro pueblo, que plasmó en una de las democracias más arraigadas de la América, hispana, también se mostrará ahora en la búsqueda incansable de fórmulas para retornar a vuestro sistema tradicional.

Señor Presidente: Estamos informados de los proyectos políticos de vuestro Gobierno, y confiamos en que puedan desembocar en una democracia plena en la que los partidos políticos, cumpliendo su tradición de apego por la libertad, sean el cauce efectivo de la participación del pueblo uruguayo en un estilo de vida basado en esa libertad y en la dignidad de la persona.

Estamos convencidos —y la experiencia histórica que ha vivido mi país lo atestigua— de que la reforma y el cambio son siempre posibles por medios pacíficos cuando los hombres políticos utilizan, con generosidad de miras, el diálogo como instrumento. Los problemas de una sociedad moderna pueden, en efecto, ser resueltos políticamente.

De la misma forma creemos que el orden político y la paz social tienen como fundamento la dignidad del hombre, los derechos inviolables que le son propios y el respeto a la legalidad democrática.

Recuerdo ahora lo que decía el procer de esta tierra: «Con libertad ni ofendo ni temo.»

Señor Presidente: Estoy seguro de que en la vía de la concordia encontraréis el camino futuro. Uruguay, como España, pertenece a un ámbito cultural que rechaza fórmulas que no sean la de asegurar la participación de todos, sin exclusión, en la vida pública.

Señor Presidente: Quiero dejar aquí testimonio de nuestro agradecimiento al pueblo y al Gobierno uruguayos, de la hospitalidad y de las atenciones que nos están dispensando a la Reina y a mí.

Levanto mi copa con el ferviente deseo de que el más joven de los países de América del Sur y España, el más viejo de los países de esta Comunidad Iberoamericana, incrementen sus profundas relaciones, y de que el pueblo uruguayo alcance la mayor prosperidad y felicidad, destino que se halla en su esencia misma y en su voluntad popular.

## DISCURSO DE S. M. EL REY EN ALADI

Siento una gran satisfacción al dirigirles hoy la palabra, no sólo como simple invitado en la sede de un organismo internacional, sino como Rey de un país al que se le ha otorgado la condición de observador en los trabajos del mismo.

Cuando hace unos meses España se planteó la posibilidad de solicitar ser admitida como observador en ALADI, lo hizo llevada por su deseo, tantas veces manifestado, de estrechar los lazos de amistad y cooperación con las naciones de Iberoamérica.

En este sentido, nuestra presencia como observador en el proceso económico de integración puede permitirnos colaborar a él y, al mismo tiempo, actualizar de forma permanente el conocimiento y comprensión de este subcontinente. Nos sumamos así a los propósitos del preámbulo del acuerdo constitutivo de ALADI, que, en su párrafo primero, manifiesta su deseo de fortalecer los lazos de amistad y solidaridad entre los pueblos de Iberoamérica.

A nadie le puede ya caber duda de que la consecución de un desarrollo económico, armónico y equilibrado requiere el esfuerzo solidario de todos los países integrantes de una región.

Ningún país aislado puede alcanzar un nivel elevado de crecimiento si sus vecinos atraviesan una fuerte crisis económica.

Quedaron atrás los tiempos en que los países buscaban su prosperidad económica de espaldas a sus vecinos, y, aún más, poniendo todas las trabas posibles al comercio para proteger sus propios mercados.

Se requiere, pues, una integración económica regional, basada en la concertación de las políticas económicas y comerciales.

La recesión económica general ha hecho surgir en el mundo, incluso en países con gran tradición librecambista, políticas encaminadas a proteger el mercado propio en perjuicio del comercio internacional, olvidándose, quizá, de que precisamente en épocas de dificultad económica generalizada el comercio y la cooperación son los motores del progreso de la humanidad.

La interrelación que existe entre los distintos aspectos de la economía — comercio, financiación y desarrollo — exige un tratamiento sistemático y complementario de los mismos.

Para el caso concreto de Iberoamérica, dicha interrelación debe ser aprovechada fomentando todo lo posible el comercio.

Al mismo tiempo, será necesario que el flujo de capitales hacia esta región se mantenga abierto.

La necesidad de lograr una integración económica no es privativa de Iberoamérica.

En el marco internacional de un sistema comercial abierto y multilateral ha surgido con fuerza una tendencia hacia las grandes regiones económicas, como vehículos de desarrollo, a través de la supresión de trabas arancelarias y de la instauración de políticas comunes.

Sin embargo, todos sabemos que el camino hacia la integración es arduo y requiere un gran esfuerzo de solidaridad.

Pero también es cierto que Iberoamérica cuenta con una gran ventaja sobre otras regiones: su afinidad lingüística y cultural, que facilita enormemente la comunicación y el tráfico de personas e ideas.

Por otra parte, la disparidad entre grados de desarrollo económico y tamaño de las naciones supone un verdadero desafío a cualquier proceso integrador.

Los beneficios económicos repercuten más favorablemente en el sector industrial, todavía en fase incipiente en Iberoamérica.

Los organismos regionales iberoamericanos han supuesto un intento original de resolver estas dificultades, por la vía de un trato diferenciado a los países más atrasados y mediante la búsqueda de un complemento industrial que fuerce el despegue económico.

Para España, esta originalidad será fuente de experiencias fructíferas en el contexto de sus relaciones económicas internacionales.

No puedo menos que contemplar con gran satisfacción la participación de España en los trabajos de ALADI desde un ángulo de una cooperación sincera en algunos campos de interés mutuo, como son la asistencia técnica a la Secretaría o a los países miembros, el intercambio de información y la concertación de foros multilaterales.

A medio plazo, la Secretaría de este Organismo debería explorar las actividades y áreas a las que mi país pueda prestar apoyo.

Deseo terminar mi intervención haciendo los mejores votos para que la andadura de este proceso de integración iberoamericana sea rápida, firme y beneficiosa para todos los que en él participan. Se asegura así, una vez más, la voluntad decidida de España de hacer los esfuerzos necesarios para colaborar en el logro de este objetivo, que, sin duda, facilitará la ardua tarea de conseguir el desarrollo de los pueblos iberoamericanos en esta época difícil que nos ha tocado vivir.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY CON OCASIÓN DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» POR LA UNIVERSIDAD DE MONTEVIDEO**

Excelentísimo y magnífico señor Rector,  
Autoridades académicas,  
Señores Profesores,  
Señoras y señores:

Quiero agradecer con profunda emoción la distinción de que se me hace objeto en este acto al otorgárseme el Doctorado «Honoris Causa» de esta Universidad, de tan brillante ejecutoria en la vida del país.

Consideraré siempre esta preciada distinción como símbolo de profundo acercamiento al pueblo uruguayo en este nuestro viaje a la República Oriental, a través de uno de los sectores que mejor representa la esencia de vuestra gente y de vuestra nación: el mundo de la cultura y de la intelectualidad, que se reúne en el interior de esta Casa.

Permitidme iniciar estas palabras rindiendo tributo de homenaje histórico, a más de siglo y medio de los hechos, a Artigas, el gran padre de la patria uruguaya, sobre cuya obra y personalidad la dimensión del tiempo transcurrido hace valorar y comprender lo exacto de su gran ideario político, profusamente expuesto en actas, instrucciones, discursos y programas.

Gracias a su noble y firme lección de energía y carácter, que legitimó desde su comienzo la nueva patria en formación, hoy podemos reunir-nos en estas aulas para reflexionar, lejos de toda retórica superficial, sobre la dimensión real y el entrañable significado de los permanentes valores de nuestra mutua tradición cultural hispánica.

Como dice Julián Marías, la relación entre España y América se ha vivido muchas veces como un motivo de vanidad: orgullo de linaje, tradición ilustre y culterana, relaciones de maternidad o de fraternidad. No cabe duda alguna de que la expresión «Madre patria» quiso demostrar cariño, pero en muchos aspectos, preciso es reconocerlo, no es muy afortunada.

La segunda mitad del siglo XX está aportando nuevas perspectivas a este tipo de relación.

En un estudio sobre el pensamiento latinoamericano del siglo XX, el Profesor Risieri Frondizi señalaba que la América de estirpe hispana ha superado la etapa de la adhesión ciega y entusiasta a las doctrinas foráneas para intentar una vía más cercana a las modalidades propias del espíritu de este continente, es decir, del espíritu de los pueblos iberoamericanos.

Existe, no obstante, en la América de nuestros días una corriente de pensamiento hispánico de gran vigor y proyección. Este hispanismo americano, que nada tiene que ver, en su génesis o en su significación, con el hispanismo de los extranjeros estudiosos de la cultura española, se basa en la proclamación de la raíz hispánica de los pueblos americanos; propugna de algún modo el hermanamiento espiritual y práctico de todos los pueblos hispánicos que participan de un mismo sentido ante la vida y que comparten unas mismas ilusiones ante ese futuro que exige el planteamiento de un nuevo orden internacional.

Por lo que respecta a la actitud de España ante este fenómeno, es preciso consignar que la política exterior de mi país se orienta, con atención preferente, hacia todas las Repúblicas de este inmenso continente: se trata de una «constante» inscrita en el cuadro de sus prioridades. El Gobierno español ha definido claramente su posición al respecto, con la formulación de una serie de principios básicos de actuación.

Al proyectar su política sobre esas coordenadas, mi Gobierno ha entendido que, para su articulación eficaz y ágil, era ineludible la previa reestructuración de su acción administrativa de cara a Iberoamérica.

Un Instituto de Cooperación Iberoamericana, adecuadamente dotado de los amplios medios que hoy se requieren para los fines propuestos, orienta su acción hacia la investigación detallada de la compleja realidad actual y futura de nuestra comunidad de naciones.

En los primeros años de nuestro siglo, consignaba don Miguel de Unamuno esta observación acerca de Hispanoamérica: «El pensamiento colectivo de la América como una unidad de porvenir frente al Viejo Mundo europeo no es aún más que un sentimiento en cierta manera erudito y en vías de costosa formación.»

Teniendo en cuenta los muchos años transcurridos desde la fecha en que aquel vasco inmortal escribió esas palabras, no es extraño percibir en la América actual un inmenso progreso en ese sentimiento americano de futuro unitario que nuestro pensador sólo veía antaño «en vías de costosa formación».

La rapidez de ese progreso está en relación no sólo con las transformaciones propias del mundo hispanoamericano, sino también, y acaso en mayor medida, con las vicisitudes europeas de los últimos lustros.

El hecho es que en estos años asistimos a una reflexión americana de excepcional tensión.

No creo que haya hipérbole en afirmar que hoy, más que nunca, se están prefigurando en la intimidad del hombre americano toda una serie de posturas, cuya vigencia espiritual y progresivo desarrollo tendrán por escenario temporal los dieciocho años que nos separan del siglo XXI.

Todo ello nos debe llevar a detenernos ante esa reflexión, tratando de captar ese reto inmediato en toda su intensidad.

En este orden de cosas se dibujan dos estados de ánimo distintos: por un lado, el de aquellos que ante todo sienten triunfalmente la entidad espiritual de América, como si se tratara de una solución cultural ya fraguada; de otra parte, el de quienes la perciben como una realidad en trance de identificación, y cuyo futuro cultural suscita para el hombre americano toda suerte de interrogantes.

Simplificando ambas actitudes, podría tipificarse por medio de esta dicotomía: América como solución y América como problema.

Uno de los hombres de más acusado relieve intelectual del Uruguay, Alberto Zum Felde, autor de una obra importante en torno a los problemas de la cultura americana, enjuició con su sentido crítico demoledor el viejo retoricismo felizmente superado.

Aquellas viejas preocupaciones culturalistas ya no tienen razón de ser.

Se busca una auténtica solución que aparte para siempre a esta joven América de la sombra de los problemas que plantea una crisis que en realidad es mundial, aunque tenga específicas connotaciones en este continente.

Otro gran escritor uruguayo, Arturo Ardao, sostuvo que el pensamiento americano ha estado al servicio de una actitud filosófica antes que de una actitud meramente histórica.

Existe una manera propia de ver los fenómenos de nuestro tiempo y de enjuiciar los mismos a través de unas originalidades profundas y nobilísimas. Hay que aludir, sin duda, a una corriente del pensamiento que cabe denominar, siempre y cuando se espe-

cifiquen las determinaciones del adjetivo, «corriente del pensamiento hispánico». Este hispanismo americano se basa en la proclamación de la común raíz hispánica de los pueblos americanos; exalta un estilo común, un acervo cultural y unas tradiciones históricas compartidas por más de una veintena de pueblos, y propugna de algún modo una auténtica coordinación espiritual de todos los pueblos hispanos.

La eclosión simultánea en toda el área americana del pensar hispánico ha llevado a varios de sus mantenedores a proclamar el carácter unitario de la gran corriente del pensamiento de la Hispanidad, a expresar la conciencia de su pujanza actual y de la potencial, a puntualizar algunos extremos alusivos a España, cuya vocación hispanoamericanista permanece intacta.

Nuestro filósofo vasco ya citado, hablaba, como prueba de ese interés por vuestro continente, de «esa América de mis cuidados».

Así de entrañable.

En Unamuno ejerció siempre una poderosa fascinación la historia americana. Llegó a percibir a los pueblos hispanoamericanos y a España con una valoración igualitaria que sentía vivamente a todos ellos como idénticos portadores de hispanidad.

Por lo demás, Unamuno pensaba a Hispanoamérica como una «unidad de porvenir», participó él también de los sueños de Bolívar y glosó el pensamiento de José Enrique Rodó propugnando una idea global de América como grande e imperecedera.

Excelentísimo señor Rector,  
Señoras y señores:

Hispanoamérica ha comenzado a romper una serie de inercias innecesarias que la ataban a compromisos que no eran suyos.

En los últimos años, y de forma muy particular durante los agitados meses de 1982, hace ahora un año, se puso de manifiesto que el ideal de su unidad no puede quedar en meras palabras. Que es preciso avanzar más en la identidad de intereses. Que es necesario presentar un frente unido ante viejas concepciones del poder y de la política que nada tienen que ver con el mundo moderno de nuestros días y mucho menos con el que nos aguarda en los umbrales del nuevo siglo.

Así como es cierto que la tradición histórica otorga valores culturales, pero nunca condiciona el sentimiento de nación, también es verdad que los intereses nos deben unir tanto como las ideas.

Para nosotros América fue una continuidad histórica y cultural.

Hoy la vemos ya como una auténtica novedad que representa en muchos aspectos la discontinuidad respecto de Europa.

No hay que olvidar que la discontinuidad es fecundidad y que España, que participa por su carácter de pueblo atlántico volcado hacia América de esa discontinuidad americana con respecto a Europa, también lo hace plenamente y por derecho propio de los ideales y de las preocupaciones de las repúblicas hermanas.

De entre todos los grandes utensilios que nuestra común cultura ha depositado en nuestras manos, pienso que la lengua es sin duda el de mayor importancia.

Con ocasión de mi viaje a la República Argentina en el mes de noviembre de 1978, y en un acto similar al que aquí nos reúne hoy, manifesté en la Universidad de Buenos Aires que la lengua constituye nuestra frontera y que en ella todos estamos avecindados, todos somos participantes, todos tenemos igual obligación, idéntico derecho.

Hoy quiero añadir que la lengua es nuestra carta de ciudadanía cultural, la identidad de los hispano-hablantes. Una identidad cultural que se debe caracterizar por un profundo sentido de la libertad. Libertad de la Cultura —de la cultura en sentido amplio—, como forma de vida que ineludiblemente requiere un marco genérico de libertades, de las que la libertad política es su máxima expresión.

Al leer las grandes obras de vuestros más ilustres ensayistas, filósofos y narradores, es fácil detectar de qué importante manera ha participado siempre Uruguay de las preocupaciones del continente americano.

El altísimo nivel educativo de este entrañable pueblo uruguayo ha sido, es y será ejemplo en América y fuera de ella.

Yo quisiera, antes de terminar mis palabras, fijar nuestra atención por un momento en la necesidad de trazar las bases reales de la cooperación entre nuestros pueblos en el seno de una Comunidad Iberoamericana de Naciones.

Una asociación natural que, al no precisar de formulaciones jurídicas excesivamente casuísticas, denota la realidad de su presencia y de su necesidad.

Nunca fue más cierta la grandeza de nuestros pueblos que cuando actuaron movidos por los mismos ideales.

El hondo y profundo significado de la celebración del bicentenario de Simón Bolívar este año, así nos ayuda a comprenderlo.

No quisiera terminar estas palabras sin invitar al mundo de la cultura uruguaya, a sus entidades y asociaciones académicas y universitarias, a una colaboración más estrecha con la Universidad española, que siempre ha estado dispuesta —y hoy lo está más que nunca— a traducir en colaboraciones concretas ese patrimonio común que nos une a ambas orillas del océano.

Muchas gracias.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY A LA COLONIA ESPAÑOLA EN URUGUAY**

Españoles residentes en Uruguay:

La Reina y yo queremos, ante todo, agradeceros vuestra presencia aquí. Este acto constituye una gran satisfacción para nosotros, pues nos brinda la posibilidad de transmitir nuestro saludo emocionado.

Pocas cosas nos han satisfecho más en nuestros viajes por Hispanoamérica, que estos contactos con españoles que, como vosotros, han sabido, por encima de todo, prestigiar a España en estos países hermanos.

Conocemos la tenacidad, la laboriosidad y la honradez que han caracterizado siempre a la emigración española y somos portadores del respeto que nuestra Patria siente por cuantos españoles viven, trabajan y crean lejos de España.

Estos magníficos centros, como el que en estos momentos visitamos, son un orgullo para los españoles y estoy seguro de que todos nuestros compatriotas participarían de ese mismo sentimiento, que yo experimento, si estuvieran aquí reunidos con nosotros.

Estas y otras obras, por vosotros realizadas, constituyen un trozo de vida española transplantada a América, con toda su rica variedad y multiplicidad de virtudes.

Son, en efecto, un símbolo actual y vivo de lo que ha sido durante casi quinientos años el pulso de savia fecunda que desde España ha fluido de manera constante.

Con vuestro trabajo habéis contribuido, cada uno en la medida de sus fuerzas y posibilidades, a la prosperidad de los pueblos que os han acogido.

Estáis haciendo efectivo el espíritu de hermandad; estáis dando vuestro trabajo y afecto, correspondiendo así con hidalguía y hombría de bien a la hospitalidad de este hermoso país.

Un escritor uruguayo ha dicho que América nació de un desgarrón, de una herida de España, que supo verter generosamente su sangre. Con una segunda herida, la de la emigración española más reciente, se ha escrito otra página trascendental en América.

Como Rey de todos los españoles, quiero traer el agradecimiento de la Corona por esta labor ejemplar, por esta abnegación de la que hacéis gala en vuestro trabajo, y por la fidelidad que sentís a vuestro origen español y a vuestras respectivas «patrias chicas».

Quiero recordar ahora que fue precisamente en Uruguay, en Punta del Este, donde tuvo lugar el primer Congreso de Instituciones Españolas del Cono Sur en 1976.

La España que un día dejasteis está experimentando en estos últimos años cambios importantes.

Sé que desde aquí vivís estas transformaciones con gran interés, con preocupación a veces, y con esperanza siempre.

Yo quiero deciros ahora que esa esperanza debe mantenerse viva, pues nuestro país ha sabido estar siempre a la altura de las circunstancias y nuestra Historia es buen testigo de ello. Hemos alcanzado logros que pocas naciones han conseguido, y por ello, España ha merecido el reconocimiento de la comunidad internacional.

Los españoles que estáis en América podéis aportar, con vuestro trabajo y vuestro ejemplo, una valiosísima contribución a la dignificación de nuestro país.

El esfuerzo que realizáis es doblemente fructífero, porque no sólo ayuda a engrandecer a España, sino que redundará en beneficio directo de Uruguay, esta nación admirable por su indómito coraje y amor a la libertad, que tan generosa hospitalidad os dio.

Si España, desde mil cuatrocientos noventa y dos, no es comprensible sin su componente americano, es gracias a quienes, década a década, han cruzado el Atlántico hasta estas tierras.

Se os debe a vosotros, españoles de América, españoles del Uruguay.

El Rey de España piensa en vosotros y él y sus Gobiernos harán lo posible por ayudaros en sostener vuestras colectividades aquí en Uruguay.

Ahora, sólo quiero deciros, para finalizar, que España se siente orgullosa de estar tan dignamente representada y que debéis estar seguros de que nunca os faltará el apoyo de vuestro Rey.

# LOS REYES EN BRASIL

*La larga tradición de diálogo y flexibilidad de vuestro pueblo, la inagotable capacidad de asimilación y absorción de que Brasil ha dado muestras sobradas desde el momento histórico del grito de Ypiranga, son valores espirituales permanentes que ayudarán sin duda a cimentar el definitivo peso específico de América en el mundo del siglo XXI*

## **BRINDIS DE S. M. EL REY EN EL ALMUERZO OFRECIDO POR EL GOBERNADOR DE BAHÍA**

Señor Gobernador:

Constituye un motivo de singular agrado contestar a las palabras tan cordiales que acabáis de pronunciar en nuestro honor.

Vuestros sentimientos hacia España y hacia nuestras personas suscitan en la Reina y en mí un eco de singular satisfacción y agradecimiento.

Os rogamos hagáis extensivo estos sentimientos a todos los ciudadanos del Estado de Bahía y de su capital, Salvador.

Bahía, joya del Brasil, es el pórtico de nuestra entrada a este gran país. La belleza de su arquitectura, la fuerte personalidad histórica de la ciudad, el profundo significado de este pueblo en la historia del Brasil, son razones todas ellas que llaman poderosamente nuestra atención.

Pero encontramos en Salvador y en Bahía algo más que un pasado ilustre. Existe ya un presente bajo el signo de la potencia creadora, de la fecundidad del trabajo de su pueblo, que, al compás de las circunstancias de cada época, ha sido capaz de proyectarse más allá de las dimensiones culturales.

Hemos sido testigos durante nuestra visita a la ciudad de la enorme pujanza de la vieja capital del Brasil. Sabemos además que el Estado de Bahía ha sido el de más rápido desarrollo industrial en Brasil durante los últimos diez años.

España, señor Gobernador, tiene una importante colonia en Salvador. En base a su dinámica presencia, albergamos la esperanza fundada de que los intercambios entre España y Bahía se intensifiquen y adquieran una mayor diversidad para mutuo beneficio de las relaciones globales entre España y Brasil, país este último en el que vuestro Estado tiene un peso específico propio y muy sólido.

Ved, pues, que las razones de nuestra admiración y las de nuestro agradecimiento por la hospitalidad que nos estáis dispensando se justifican sobradamente por motivos del más profundo significado histórico y por la conciencia de la necesidad de cooperar juntos en un futuro común.

Estamos seguros de que el Estado de Bahía, al que tan sabiamente gobernáis, participa de las inquietudes de que os hablo.

Vuestro prodigioso arte escultórico, la belleza de vuestras iglesias barrocas, el poderoso sincretismo cultural de las partes más nobles y viejas de esta histórica ciudad, su profunda síntesis de naturaleza y arte, han cautivado para siempre nuestro corazón.

Señor Gobernador:

El día de hoy ha sido para nosotros un gran día, pues hemos pulsado de cerca el ritmo vital de esta ciudad única e incomparable en la que muchos de mis compatriotas trabajan ejemplarmente y por la que muchos españoles del siglo XVII vertieron su sangre y sus ilusiones defendiéndola con gallardía del entonces enemigo común.

Recibid nuestro deseo y nuestro vaticinio de que Bahía siga siendo por mucho tiempo el gran ejemplo que históricamente ha sido y que su futuro se prolongue en los años sucesivos con la brillantez que todos deseamos.

## **PALABRAS DE S. M. EL REY A LA COLONIA ESPAÑOLA EN SALVADOR (BAHÍA)**

La Reina y yo queremos expresar nuestro agradecimiento emocionado por la acogida que esta colonia nos ha dispensado en el Centro Cultural y Recreativo Español de Bahía, espléndido marco de una presencia hispana tan brillante y prestigiosa en esta ciudad única de Salvador.

Al hacerlo así debo expresar el orgullo legítimo que como español siento por la riqueza de vuestras asociaciones, que han fructificado en grandes logros comunitarios.

Este mismo centro cultural, la prestigiosísima Real Sociedad Española de Beneficencia, la Sociedad Cultural de Caballeros de Santiago y, en definitiva, la unión de toda esta presencia española en un Consejo Coordinador de la Colonia, un Consejo Coordinador que tan excelentes resultados viene produciendo en la protección a las necesidades de todo tipo de nuestros compatriotas y en el muy positivo proceso de integración en esta abierta y generosa sociedad brasileña.

Aunque mi estancia entre vosotros será forzosamente breve, quiero llevar al ánimo de los españoles de Bahía, herederos hoy de una presencia de gran dimensión histórica y cultural mantenida ininterrumpidamente a lo largo de una historia gloriosa, una serie de reflexiones sobre la condición pasada y presente de los españoles en América.

España ha dedicado ya largos y ricos capítulos de su historia a este continente hermano. Capítulos en los que el valor de sus protagonistas más legítimos —descubridores, conquistadores, misioneros, etc.—, ha sido completado por la generosa savia nueva de tantos españoles que como trabajadores y empresarios ha contribuido a la grandeza de este país y de otras naciones hermanas del hemisferio.

Ser español en Bahía entraña un timbre de gloria histórica, de presencia mantenida en la ciudad a lo largo de casi cuatro siglos y de reto ante el futuro.

En este Estado, el de más rápido desarrollo industrial en Brasil en los últimos diez años, vuestra laboriosidad ha sido y es un permanente ejemplo de integración, adaptación al medio, tenacidad y entrega.

Habéis conseguido un éxito económico, ensanchando vuestro futuro y el de vuestros hijos, que supisteis completar con una dimensión cultural de mayor alcance y una presencia muy viva en la ciudad, como demuestra la propia existencia de este magnífico centro que os honra y nos honra a todos los españoles.

Las muestras que habéis dado de coordinación y unión entre los distintos miembros de la colonia y las diferentes organizaciones de la misma, debería servir de ejemplo en otros muchos lugares de la geografía americana, ya que la herencia histórica de vuestra notable presencia en Bahía debería ser esa: que la voluntad de vencer los obstáculos y la unión necesaria que para ello se requiere, constituyan la única forma de perpetuar un pasado tan sólido como grandioso.

No quisiera terminar estas palabras sin expresaros que debemos concentrar nuestras energías e ilusiones, no mirando hacia el pasado —del que, por supuesto, nos sentimos legítimamente orgullosos—, sino atendiendo al futuro promisorio que nos aguarda, para lograr construir una sociedad mejor para nosotros y para nuestros hijos.

No es ajeno a este éxito de vuestras vidas el respeto y el cariño al que os habéis hecho acreedores por parte de las autoridades de este Estado y por el mismo pueblo brasileño de Bahía. Me permito, pues, terminar estas palabras felicitándoos de todo corazón por el carácter ejemplar de la colonia de España en Salvador.

## **PALABRAS DE S. M. EL REY EN CONTESTACIÓN AL BRINDIS DE BIENVENIDA DEL PRESIDENTE DE BRASIL**

Excelencia,  
señoras y señores:

En primer lugar deseo agradecer, en nombre de la Reina y en el mío propio, la generosa hospitalidad con que nos habéis acogido en esta hermosa ciudad de Brasilia, así como el brindis henchido de fraternidad y afecto que acabáis de pronunciar.

Las afinidades y raíces esenciales entre Iberoamérica y España, constituyen los cimientos más sólidos para construir un fructífero entendimiento y una coherente acción exterior basada en la concreción de un proyecto político común y en la credibilidad del mismo.

Por creer vivamente en ello pisamos siempre América con verdadera y renovada ilusión y con un sentido de la familiaridad al que no es ajena la Historia misma.

Excelencia:

España entera mira hoy con respeto y admiración a la nación brasileña. La palabra Brasil concita en todos los españoles cálidas y mágicas evocaciones. El carácter legendario de una tierra de promisión, generosamente abierta a tantas influencias del exterior a lo largo de los siglos, de tan alta capacidad para la receptividad y la síntesis, justifican sobradamente aquel sentimiento.

La épica de los «bandeirantes», su incesante y prodigiosa marcha hacia el Oeste, el continentalismo itinerante de la nación brasileña, en suma, se podrían encontrar resumidos en esta capital federal, Brasilia.

Milagroso ejemplo de la tenacidad histórica en la lucha por el destino.

La historia toda de Brasil es un compromiso permanente entre la inmensidad del empeño humano ante un medio, en principio adverso, y la voluntad de sus gentes por superarlo, abiertas siempre al diálogo y a las nuevas fronteras.

Nos une a Brasil la historia común de aquellos sesenta años, a caballo entre los siglos XVI y XVII, así como los valores culturales que desde entonces permanentemente compartimos y la pertenencia inequívoca a una civilización común.

A ambas orillas de ese océano nuestro convertido en mar familiar, nos une igualmente una actitud ante el futuro.

A la imagen tradicionalmente bondadosa que siempre presentó Brasil en España como auténtico Eldorado integrador, como ubérrimo productor de materias primas, como país de gran receptividad hacia los flujos migratorios y con una extraordinaria capacidad para la asimilación de los elementos foráneos que ha integrado en su cultura y modo de ser nacionales, se añade hoy la admiración por la sabia andadura de este país en tan difícil coyuntura política y económica como la que vive el mundo de nuestros días.

Vivir en democracia es un privilegio. Gobernar con las limitaciones exigidas por el respeto estricto a las libertades y derechos de los individuos — tanto desde el punto de vista jurídico como desde el político — es un difícil quehacer que exige inteligencia, habilidad, sabiduría y continuado tacto político.

Si en el mundo de la organización social se puede hablar de algo más difícil que de gobernar en democracia es de llevar a feliz término un paulatino proceso de apertura política.

En Iberoamérica existen tantos tiempos históricos como naciones. Sólo desde ese punto de partida se puede buscar una aproximación auténtica y objetiva al tema.

No haberlo comprendido así, no haber enfocado nunca con el necesario realismo ni con el debido respeto el estudio de las corrientes profundas de la historia de América, ha causado graves malentendidos de nefastas consecuencias, no tan lejanos ni en el tiempo ni en el espacio.

Por lo que se refiere a Brasil, tanto más dolorosa ha sido esta carencia informativa cuanto que éste es un país de personalidad muy definida en su contexto geopolítico, sugerente

y rico en matices de todo tipo, gran potencia del siglo XXI, enorme realidad política e industrial ya hoy, llamado sin duda a interpretar un papel de máximo relieve en años venideros.

Por ocioso que parezca habría que remontarse a un planteamiento de tipo histórico-cultural para comprender debidamente lo que significa este país en el contexto de la historia general del continente americano y en las específicas relaciones de España con esta parte del mundo.

Brasil, cuyo destino estuvo íntimamente unido al de las viejas metrópolis lusitana y española, adquiere su papel propio con la República Federativa, que fue la gran palanca de la formación de la conciencia nacional.

Toma las riendas de este gran país en un momento en que hubo de pasar del futuro promisorio a las nuevas realidades del siglo XX.

Contó para ello Brasil con un dato muy positivo: fue la suya, en su día, una independencia no traumática, gracias al gran papel histórico jugado por la Monarquía y el Imperio en los albores del siglo XIX.

Con los inevitables cambios escenográficos que el desarrollo y la industrialización han impuesto —basta asomarse a las vibrantes páginas escritas sobre el tema por la gran escuela brasileña de la sociología del desarrollo—, la realidad permanece inalterable: Brasil es en nuestros días un ejemplo notable de experiencias políticas y económicas que marca un modelo a seguir en muchos otros países. La experiencia ha de ser forzosamente positiva. Poner en marcha este proyecto es el gran reto de las postrimerías del siglo XX.

Bajo la hábil dirección de vuestra excelencia, la política exterior brasileña en estos últimos años ha utilizado estas peculiaridades, estas experiencias únicas, esta posición geopolítica prácticamente continental.

Se ha creado una política exterior en consonancia total con la realidad brasileña.

Brasil ha sabido ampliar la proyección, en número de Estados componentes, de ese mar familiar del que hablaba hace un momento.

El Océano Atlántico, como consecuencia de una inteligente comprensión del ser histórico y del presente de Brasil, ha pasado a ser un ancho camino de unión, no sólo con los pueblos europeos, sino también con los países del continente africano que tan fácil y certeramente interpreta Brasil por razones que se hunden en la más profunda entraña del pasado brasileño.

La política exterior de Brasil es imaginativa y prudente, experta y permanentemente abierta a las nuevas corrientes que le dan continua vitalidad.

Buena prueba de ello es el planteamiento que vuestra excelencia hizo ante la Organización de las Naciones Unidas el pasado mes de septiembre de 1982.

Ningún estadista podrá olvidar la clara exposición de los problemas que afectan a las relaciones entre países en distinto grado de desarrollo económico.

La defensa de una revitalización urgente del diálogo Norte-Sur y el camino marcado para conseguir esta meta, constituyen un ejemplo de buena voluntad, deseo de mejorar la actual crisis y un compendio de propuestas de solución a tener siempre en cuenta si se quiere lograr una convivencia internacional en la igualdad y en la justicia.

Excelencia:

La Reina y yo hemos admirado la atrevida arquitectura, plena de belleza, de los edificios públicos de Brasilia, de sus grandes explanadas y del original «plano-piloto» que dan una configuración urbanística única a esta capital federal, enclavada en el corazón del Planalto y de la que no está ausente el intento de España al presentar la síntesis estilística de mi país que es nuestra Embajada.

En días sucesivos continuaremos nuestro recorrido emotivo y dialogante por Río de Janeiro y São Paulo, ciudades de tan definitiva presencia en la vida de este gran país.

Al agradecer nuevamente a vuestra excelencia la hospitalidad que nos habéis dispensado, debo proclamar la gozosa emoción con que vivimos estos momentos de acercamiento entre dos pueblos hermanos de raigambre ibérica que están indisolublemente unidos a lo largo de los siglos por la pertenencia a una misma familia y por propio mandato de la historia.

Y que, sobre todo, proyectan su futuro con la certeza de la coincidencia esencial en la tarea histórica común que nos aguarda.

Señor Presidente,  
señora de Figueiredo,

La Reina y yo, en nuestro propio nombre y en el del pueblo español, os decimos de nuevo: muchas gracias.

## **MENSAJE DIRIGIDO POR S. M. EL REY A LAS CÁMARAS LEGISLATIVAS DE LA REPÚBLICA FEDERATIVA DE BRASIL**

Señor Presidente,  
señores Congresistas:

Me honra sobremanera vuestra invitación de dirigir esta alocución al Senado y a la Cámara de los Diputados de la República Federativa de Brasil, reunidos en sesión conjunta y, a su través, al pueblo que vosotros representáis.

Para cualquier español, los pueblos de América tienen un significado profundo, consecuencia lógica de una historia común y de la especial relación que a través de los siglos nos ha unido de forma permanente.

Por varios motivos, no resulta, sin embargo, empresa fácil referirse al significado hondo de esas relaciones.

Y es que de Iberoamérica no se puede hablar como si de un todo homogéneo se tratara, aplicando recetas generalizadoras o queriendo transferir modelos ajenos, como a veces se cae en la tentación desde algunos puntos de Europa.

En el continente americano existen tantos tiempos históricos como naciones, lo cual supone peculiaridades nacionales y diversos grados, ritmos y niveles de desarrollo estructural.

Sólo desde esa base de partida se puede intentar una aproximación a Iberoamérica.

Superada una época en la que España e Iberoamérica han estado más cerca en lo formal que en las cuestiones de fondo, se inicia una nueva etapa en la que las relaciones entre nuestros pueblos pueden y deben adoptar un común proyecto de auténtica dimensión histórica.

La proyección americana de España constituye uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de mi país y, al mismo tiempo, un compromiso que, encarnado en la Corona, quedó reflejado en nuestra Norma Suprema Constitucional: «El Rey asume la más alta representación del Estado español en las relaciones internacionales, especialmente en las naciones de su Comunidad histórica»...

La puesta en marcha de este proyecto es el gran reto histórico que España afrontará en los próximos años a uno y otro lado del Atlántico, porque más que una política hacia Iberoamérica, se debe hablar de una política con y al lado de los pueblos de este continente.

Las bases que regirán esa política deben ser asumidas por cualquier gobierno democrático español, independientemente de su signo político; en consecuencia, por todas las fuerzas políticas y sociales del país, obedeciendo a una auténtica política de Estado.

Esta concepción estatal ha quedado expuesta con ocasión de mis anteriores viajes al continente hermano, tratando de fijar las líneas generales de estos vínculos en sus dimensiones exactas.

En más de una ocasión he manifestado que deseamos mantener relaciones permanentes y profundas con el continente iberoamericano, porque por encima de los gobiernos, que son coyunturales, están las relaciones con los pueblos, que son permanentes.

Esta es la filosofía que informa la política exterior española cara a nuestra presencia en América Latina.

Continuidad de esa presencia, expresión del respeto entre los Estados y del principio de no injerencia en los asuntos internos de otros países.

La idea quedaría, no obstante, inoperante, si no pudiéramos desarrollar junto a esa política de Estado, de forma paralela, una «política de los pueblos».

La solidaridad con los pueblos que luchan por la libertad y la democracia, la defensa de los derechos humanos, la promoción de la justicia, el progreso y la paz son valores universales que defenderemos activamente y que España planteará en cuantos foros internacionales pueda hacer oír su voz.

Libertad, derechos humanos, justicia, paz..., todo ello está en juego en muchos lugares de América Latina.

Señor Presidente del Congreso,  
Señores congresistas:

Al dirigirles la palabra, no puedo sino señalar lo digno de encomio que resulta la vía brasileña de desarrollo político, que de forma tan esperanzadora quedó abierta en su día.

El pluralismo político, como base de la consolidación de la democracia: el equilibrio entre un sistema de libertades y el mantenimiento del orden público; el respeto fiel y constante a los derechos humanos y la presencia en el esquema democrático de todas las minorías son condiciones que convergen en el supremo ideal democrático.

La democratización, además, supone hoy —en éste como en otros continentes— la palanca básica para la consolidación del desarrollo social y económico.

Yo me permito, pues, públicamente, felicitar aquí a los nuevos senadores y congresistas elegidos por el pueblo brasileño el quince de noviembre, en unas elecciones libres y ejemplares. En vuestras manos están depositadas ahora las expectativas de una transición democrática a la que comienza a mirar el mundo, no ya con interés, sino con auténtica admiración y respeto.

Tal es el valor de vuestra difícil andadura.

Aquellas conquistas están en la línea de la más honda tradición humanista de nuestros pueblos y del reconocimiento de los valores liberales que distinguen a nuestra mutua tradición occidental, que arrancan del siglo XIX.

En los momentos actuales, en que se aspira al establecimiento de un nuevo orden internacional; en las tensiones de los grandes problemas de esta segunda mitad del siglo XX, es precisamente cuando las dificultades hacen más necesario el cambio. Cambio de actitudes, cambio de perspectivas, cambio de instrumentos en los planteamientos de nuestra filosofía y de nuestros modos de acción.

Señor Presidente,  
Señores congresistas:

En el orden internacional se hace preciso el reconocimiento del margen de autonomía necesario para defender los intereses nacionales, dentro del respeto de los equilibrios regionales o globales.

Creo que, en este sentido, Brasil ha dado pruebas más que suficientes, durante los últimos años, de esa autonomía de criterios y de acción, al mantener posiciones propias en sus relaciones internacionales, que no vienen sino a enriquecer la unidad de las acciones regionales o hemisféricas.

La larga tradición de diálogo y flexibilidad de vuestro pueblo, la inagotable capacidad de asimilación y absorción de que Brasil ha dado muestras sobradas desde el momento histórico del grito de Ypiranga, son valores espirituales permanentes que ayudarán, sin duda, a cimentar el definitivo peso específico de América en el mundo del siglo XXI.

Pero aun antes, en la difícil crisis global que vivimos en nuestros días, esas virtudes reconocidas de vuestro pueblo, abierto siempre al diálogo constructivo y a la crítica creativa, ayudarán sobremanera a buscar una salida a las penurias financieras del momento actual y a solidificar los procesos de integración regional y subregional actualmente en marcha.

La riqueza de pluralismo político, de la que sois representantes, presta un gran servicio a la Comunidad de intereses de todos los pueblos americanos, que miran hoy con fe y esperanza el futuro inmediato de este gran país.

El generoso espíritu de la libertad, que constantemente ha nutrido el ideario de vuestros más destacados portavoces y de vuestras leyes, sirviendo con ejemplar fidelidad a vuestro pueblo, encierra la clave interpretativa de un futuro de creciente concordia y de grandes realizaciones.

No quisiera acabar estas meditadas palabras sin hacer una referencia a la inalterabilidad y permanencia de los vínculos reales, con base en la cultura y en la historia, que unen a España con este hemisferio, con sus pueblos hermanos de América.

Rindo, pues, homenaje ante estas Cámaras, reunidas en sesión conjunta; a las naciones soberanas e independientes de Iberoamérica, que, como es el caso de Brasil, siguen constituyendo para España el norte y la guía de nuestra política exterior.

No en vano, señores senadores y diputados, España tiene sus sentimientos fuertemente anclados en esta parte del Atlántico.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY ANTE EL SUPREMO TRIBUNAL FEDERAL DE BRASILIA**

Señor Presidente:

La Reina y yo hemos escuchado con enorme interés y gran satisfacción las doctas y eruditas palabras de Vuecencia sobre la labor de esta suprema institución de justicia, y los términos tan elogiosos para nosotros con que os habéis expresado.

Le quedamos por ello muy agradecidos.

Señor Presidente:

En esta segunda jornada de nuestra estancia en la Capital Federal, el acto al que en este momento asistimos reviste una especial importancia.

En una conjunción armónica entre el lenguaje de las formas arquitectónicas y la simbología que encierra el urbanismo de Brasilia, nuestra permanencia en este Supremo Tribunal cierra un ciclo de hondo significado.

Se unen en él la sabiduría política, la prudencia diplomática y el tino jurídico bajo los que subyace la inmensa cordura del pueblo de Brasil.

He visitado en estas dos jornadas, sin tener que desplazarme físicamente más que unos centenares de metros, los tres edificios que simbolizan los pilares de la democracia que Brasil y España consideran como meta última de la convivencia humana.

El Palacio de Planalto, el edificio del Congreso y ahora esta ilustre Casa —lar de los más eminentes jurisperitos de este noble país— son la expresión acabada de las aspiraciones del pueblo brasileño y la representación de las tres facetas independientes de la organización de un Estado en un sistema de convivencia superior.

Señor Presidente:

La Reina y yo nos sentimos profundamente emocionados y regocijados por la oportunidad que tenemos de asistir a una reunión del Superior Tribunal Federal de Brasil.

En España, el respeto por la independencia de este poder, guardián celoso de la legalidad de actuación de los tres brazos del Estado, ha llevado recientemente a la creación del Consejo General del Poder Judicial, garantía máxima de la autonomía de la Judicatura respecto a los otros poderes del Estado.

España, que en una importante síntesis jurídica supo armonizar los principios del Derecho romano y del Derecho germánico en textos tan importantes como las «Siete Partidas», del Rey Alfonso X el Sabio, y que cuenta con una tradición de respeto a la independencia judicial, rinde en este acto, a través de nuestras personas, homenaje al Supremo Tribunal Federal, que Vucencia tan dignamente preside.

No olvidaremos que esta Casa de la Justicia ha defendido, en todo momento y con firmeza, su independencia en bien de la nación brasileña y, en definitiva, en pro de la justicia.

Esta Casa, señor Presidente, es, como corresponde a un país respetuoso del Derecho, la conciencia de la nación.

Desde aquí se examina con criterio objetivo la constitucionalidad o inconstitucionalidad de las leyes, la conducta de las altas personalidades del Poder Ejecutivo, y de esta forma se contribuye a mantener no sólo la justicia, sino también la limpieza en el ejercicio del Poder, que exige la convivencia en la libertad, premisa insoslayable de la verdadera democracia.

La Reina y yo elegimos hoy este marco para transmitir al pueblo brasileño el homenaje de admiración y cariño fraternal del pueblo español, que desea que el ya existente progreso de Brasil se perpetúe, en todos los órdenes, amparado siempre por la garantía de justicia que constituye este Supremo Tribunal.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY EN LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BRASILIA, CON OCASIÓN DE SU NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE LA MISMA**

Señor Rector de la Universidad Nacional de Brasilia,  
Autoridades académicas,  
Señores Profesores,  
Señoras, señores:

Recibo hoy con profunda emoción el doctorado «Honoris Causa» que me otorga esta joven, pero ya espléndida, Universidad Nacional de Brasilia. Constituye siempre un honor ser admitido en el seno de una institución docente de prestigio. Pero, por muchas razones, esta satisfacción está hoy teñida de un especial significado.

Esa forma especial de sentirme honrado que os expreso hoy, en el corazón de este maravilloso campus universitario, en el corazón de este inmenso Brasil, viene dada por el hecho fundamental para mí de que vuestra iniciativa ha sido dictada por consideraciones relacionadas con la trayectoria democrática seguida por mi país durante los últimos años.

Brasilia, capital de la esperanza, es el símbolo del nuevo Brasil, una nación que significa mucho en el contexto de las relaciones hemisféricas y en el más amplio a nivel mundial. Brasilia es la concreción de un sueño, de una inspiración que no es de hoy ni de ayer. El origen de la idea se pierde en la misma leyenda y empieza a cobrar sentido en los prolegómenos del siglo XVIII, aunque sea sólo como idea, para convertirse en realidad el veintiuno de abril de mil novecientos sesenta.

La Universidad Nacional de Brasilia no podía ser ajena, en modo alguno, a la concreción de ese sueño y al profundo significado de la nueva capitalidad.

Se ha distinguido en su corta, pero fructífera vida, por el carácter profundamente innovador de la cultura brasileña, a través de programas de extensión y por publicaciones editoriales, cuyos ecos han llegado a todas las grandes universidades del mundo.

Asimismo, sé del inteligente espíritu con que se han planteado muchos ambiciosos programas de investigación que aquí tienen lugar.

Debo rendir homenaje en este sentido a los distintos Rectores de la Universidad Nacional de Brasilia que han sabido dar ímpetu y fuerza iniciales a una idea y que han conseguido levantar una sólida institución de prestigio en tan poco tiempo.

Un gran pensador español, Julián Marías, cuya palabra fue oída en estos mismos claustros con ocasión del homenaje que se rindió al insigne intelectual brasileño que es Gilberto Freyre, sostenía en aquella ocasión que la función principal de la Universidad es la de «enseñar a pensar con rigor, a distinguir lo verdadero de lo falso, a dominar el mecanismo de la justificación, a entender de tal manera que, cuando no se entiende, se sepa que no se entiende».

Esta función capital —añadía— se ve amenazada por el crecimiento y por la tentación utilitaria en los contenidos de la ciencia y de la investigación universitaria.

El utilitarismo, que empezó siendo «científico», es hoy más bien económico, social y político.

Se supone que es menester ocuparse de los problemas inmediatos y urgentes de las sociedades en que vivimos. Pero la única manera de tratar con eficacia estos problemas es poseer los instrumentos conceptuales precisos, rigurosos y comprobados.

Para ello, la Universidad ha de ser fiel a su espíritu. Al espíritu del humanismo y de la democracia.

La Universidad debe estar vuelta hacia el hombre, situando la técnica en su lugar. Y, al tiempo, este humanismo ha de estar al servicio de todos.

La responsabilidad de los intelectuales converge en la misma dirección que las responsabilidades de los estadistas. El mundo tiene un encuentro marcado con el humanismo, la paz y la democracia. Y la Universidad puede ser el centro de las fuerzas que racionalizan esta construcción.

Señor Rector,  
Señoras, señores:

Al expresar mi profunda gratitud por esta investidura, deseo reiterar mi hondo respeto y profundo amor hacia la institución universitaria y, al mismo tiempo, mi fe en los valores y creencias sobre los que se apoya nuestra común concepción de la vida.

En Brasil, en su capital federal, la Universidad de Brasilia representa un faro capaz de iluminar muchas de estas discusiones y anhelos.

Sabemos que el espíritu necesita ser siempre alimentado por la confianza en el hombre. Y lo sabemos desde las experiencias de las propias universidades españolas, donde permanece viva la lección del ideal renacentista que tan perfectamente encarnara en nuestros juristas y teólogos del siglo XVI, en nuestros ensayistas de la época ilustrada, en los hombres de la generación del noventa y ocho y en las actuales corrientes del pensamiento universitario.

Tengo la convicción de que en la capital de la esperanza la Universidad de Brasilia es también la universidad de la esperanza.

Muchas gracias.

## **BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE BRASIL, EN LA EMBAJADA DE ESPAÑA**

Excelencia,  
Señoras y señores:

Permitidme que esta noche, en este castillo tan español, clavado en el corazón del Planalto, orille un poco las formalidades protocolarias propias de estas ocasiones y os transmita el sentimiento de la reflexión que suscita este viaje nuestro a país tan querido.

La imposibilidad de escapar a los condicionamientos geográficos, el respeto profundo a la geografía y a la historia, ayudan a interpretar y a entender a los pueblos, así como a encontrar la verdadera razón de nuestras fuerzas y abrir nuevos caminos.

Es, en este orden de ideas, en donde conviene insertar la instrumentación de una política más realista entre nuestros dos países que la hasta ahora llevada a cabo.

Es preciso crear un nuevo tejido de relaciones, una urdimbre de temas concretos que permita desarrollar el sincero ambiente de colaboración que producen ocasiones como la presente.

España está deseosa de progresar en este sentido, pues sabe muy bien, Excelencia, que la única forma de avanzar por este camino es mediante los hechos concretos. Con independencia y como base a este espíritu de colaboración entre España y Brasil, existe finalmente para nuestros dos pueblos un vehículo cultural común que facilita nuestra tarea.

Nuestras lenguas, desgajadas tempranamente del mismo tronco latino, son más que hermanas.

La empresa histórica y cultural que, de la mano de nuestro rico medio de expresión, desarrollaron nuestros antepasados estuvo plena de brillantez y grandeza: la labor de cohesión regional llevada a cabo en el Paraná por los jesuitas, la defensa de la integridad territorial y de la soberanía de estas tierras que correspondió cumplir históricamente a los ejércitos españoles en Bahía en el siglo XVII y la influencia de grandes fundadores de núcleos sociales que moldearon parte del carácter nacional, como es el caso del padre Anchieta en São Paulo, justifican hondas reflexiones sobre el tema.

La profunda base cultural de Brasil, permite reconocer la riqueza propia de este gran pueblo, encrucijada de tantos destinos.

Excelencia:

Esta tradición y el orgullo de aquella gran herencia, les ha dado a ustedes la fuerza suficiente para mantener una vigilia constante contra las agresiones, de dentro o de fuera del continente, a las ideas fundamentales de paz y justicia internacional, que han sido siempre emblema de la política de Brasil.

El hallazgo de nuevos derroteros, de cauces propios e independientes en el Atlántico Sur y en la otra orilla del océano, no hacen sino enriquecer la promesa de futuro de que antes le hablaba.

Los elementos diferenciales y autóctonos, importantísimos y respetables, no pueden hacer olvidar en estos momentos de cambio ecuménico en que se busca con ahínco el establecimiento de un nuevo orden internacional, la conveniencia de mantener una voz única regional en los foros mundiales, de presentarse al diálogo como un todo, con la fuerza que da la pertenencia a un mundo tan dilatado, rico y amplio como es Iberoamérica.

Excelencia:

Yo quisiera, para terminar, reiteraros nuestro más cordial y sincero agradecimiento por las continuas atenciones de que estamos siendo objeto la Reina y yo en un país de muy especiales afectos.

Permitidme, pues, brindar por vuestra salud personal y por la de la señora de Figueiredo, invitándoos a proseguir nuestro diálogo y nuestra amistad por el bien de nuestros dos pueblos.

## **PALABRAS DE S. M. EL REY ANTE LA COLONIA ESPAÑOLA DE RÍO DE JANEIRO**

Acudimos con gran satisfacción la Reina y yo a este acto entrañable de reunimos con un grupo de españoles, que nos brinda así la posibilidad de expresar nuestro emocionado saludo.

Y no podía ser de otra manera por el afecto y la simpatía que siempre despiertan en nosotros cuantos españoles están lejos de la Patria.

Sabíamos ya que vuestra colectividad vive estos días —y así acaba de recordárnoslo en sus palabras el señor Presidente— una época de unión y total integración, por lo que os felicitamos muy sinceramente.

Habéis conseguido hacer realidad un viejo anhelo —que algunos consideraban un sueño— de unir los diversos centros y casas regionales antiguamente existentes aquí en un uno solo, que llevará el nombre de «Casa de España».

Os deseo que este nombre venerado sea el símbolo de vuestra unión con la Patria que dejasteis atrás y que os tiene siempre muy presentes, así como que estos locales sean el testimonio de vuestra permanente unión con Brasil, país al que habéis adoptado como segundo hogar, y con el resto de los países que forman nuestra gran familia ibérica en los continentes europeo y americano.

Sabíamos también que esta Casa acoge hoy en su seno a todos los españoles aquí residentes, sin distinción de orígenes, regiones de procedencia o situaciones sociales.

Ello es un reflejo del generoso ejemplo que Brasil da al mundo, como gigantesco crisol de razas y nacionalidades y donde se hermanan los esfuerzos de todos vosotros y de los que, llegados de lejanas tierras, llevan a cabo los hijos de esta gran nación, en su incesante e incontenible caminar hacia su histórico destino.

Yo quisiera instaros a que os mantengáis siempre en esa línea de unidad y de cooperación, de generoso esfuerzo y de amplia solidaridad, no sólo con este acogedor pueblo brasileño —del que el carioca es risueño ejemplo y legítimo orgullo—, sino también con el resto del pueblo español, repartido entre la península y el ancho mundo de la emigración.

Pocos lugares, después de todo, invitan más a esta visión de universalidad que esta maravillosa ciudad de Río de Janeiro, testimonio de la ejemplar presencia histórica y actual de tantos compatriotas nuestros.

Con nostalgia de la Patria, con la expresión de su permanente recuerdo y con vuestra ejemplar conducta como prenda de vuestra vinculación a ella y al Brasil, la Reina y yo celebramos hoy este grato encuentro.

## **BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA POR EL GOBERNADOR DEL ESTADO DE RÍO DE JANEIRO EN HONOR DE SS. MM.**

Señor Gobernador,  
Señoras y señores:

Al entrar en esta ciudad única, de tan fastuosa naturaleza como altas calidades hospitalarias, hemos sentido la Reina y yo el orgullo de pisar una tierra que, a través de la historia, ha sido vista, visitada y vivida por tantos españoles.

Desde las primeras expediciones españolas a la Tierra de Fuego, para doblar el estrecho de Magallanes y dirigirse a la apertura de nuevas vías marítimas por el océano Pacífico, la abundancia de testimonios escritos de nuestros primeros navegantes y descubridores abundan en una serie de loas ininterrumpidas que cantan la belleza y la generosidad de este suelo.

La prodigiosa bahía de Guanabara, testigo de la llegada a este país de tantos extranjeros; la universalmente conocida topografía de la ciudad, la línea blanca y suave de vuestras únicas e incomparables playas, la increíble belleza de sus «morros» y florestas, están en el corazón de todos quienes sinceramente amamos a Brasil.

La antigua capital del país, que no ha perdido un ápice de su fuerza y poder, sigue siendo la ventana y la puerta mayor de esta gran nación.

Su gran significado cultural, su constante crecimiento económico y el prestigio de sus grandes instituciones municipales y estatales así lo acreditan y atestiguan.

Quiero expresar, en nombre de la Reina y en el mío propio, la admiración por ese proceso de democratización que vive hoy Brasil, que comienza a atraer las mayores expectativas de bienestar y progreso y que, como reza el lema de vuestra bandera nacional, va de la mano del orden: «Ordem e Progresso.»

Al manifestaros nuestra cordialidad personal y el respeto profundo que nos merece usted por la solidez de sus convicciones, su trayectoria personal y los valores democráticos que representa, yo quisiera expresar que la responsabilidad del poder que os corresponde al frente de este gran Estado —el que atrae más la atención en los momentos actuales de transformación política a que antes me refería— justifica sobradamente vuestra incesante lucha por la democracia y los años difíciles que todo proceso de transición entraña.

En el siglo I de nuestra Era hubo un gran español, nacido en la Bética, que había tenido todo el poder imaginable y el mayor de los prestigios e influencia en Roma, la capital del Imperio.

Paseaba su tristeza del exilio por las desiertas playas de Córcega. Abrumado por su apartamiento de aquellos años, miraba con tristeza el dulce batir de las olas en la orilla. Escribía una carta a su madre en la que amargamente se quejaba: «Carere patria intolerabile est.» («Qué triste es haber perdido la patria.»)

Al terminar de escribir aquella epístola, verdadera obra maestra en la reflexión sobre las limitaciones de la obra humana y sobre la grandeza de las convicciones morales y de la esperanza en mejores días, aquel cordobés universal, nuestro inmortal Séneca, levantó la vista con determinación y, cruzando con ella el mar Mediterráneo, supo que el hombre es ciudadano del ancho mundo, pero que su obligación seguía estando al otro lado del mar.

Carecer de patria puede ser triste, pero no recuperarla es aún más insoportable.

Yo quisiera formular un brindis, manifestándole, señor Gobernador, mi admiración por la tarea emprendida y por la que aún os aguarda tras el retorno a vuestra patria, y levantar mi copa, al mismo tiempo, por la prosperidad, paz y desarrollo de este único e incomparable Estado de Río de Janeiro.

## PALABRAS DE S. M. EL REY ANTE LA COLONIA ESPAÑOLA DE SÃO PAULO

Españoles residentes en São Paulo:

Nos resulta altamente significativo, a la Reina y a mí, este primer contacto con la colectividad española de São Paulo, de cuya laboriosidad y buen ejemplo tenemos amplio conocimiento.

Formáis una colonia histórica que desde el primer emigrante, el jesuita español José de Anchieta, hasta nuestros días, ha contribuido a la formación económica y social de esta tierra que os acoge.

Muchas de las familias que componen el más arraigado patrimonio paulista llevan nombres españoles.

Pero, además, gran cantidad de fábricas, de empresas, de comercios, han contribuido al desarrollo de este Estado y son fábricas, empresas y negocios llevados por emigrantes españoles aquí establecidos.

Durante dos décadas, entre finales del siglo pasado y principios del actual, más de quinientos mil españoles aportaron su trabajo a lo largo de este dilatado período, tan básico en la formación del moderno São Paulo.

Por muchos años, la colectividad española de São Paulo ha sido ejemplo y ha contribuido con el diecisiete por ciento de la mano de obra especializada contratada por Brasil en el exterior.

Y aún en estos momentos constituye, en poblaciones como la de São Paulo, un sector considerable de la inmigración paulista: más de setenta mil españoles.

A pesar de la buena acogida, de las excelentes oportunidades que la mayoría de los emigrantes españoles han encontrado aquí, no os habéis olvidado de España.

Mejor aún, habéis mantenido sus costumbres, cultura y folklore de forma excepcional, a través de vuestras asociaciones y centros.

Con vuestro trabajo, con vuestro apoyo económico y moral, con el voto, habéis ayudado a España a lo largo de los años.

España lo sabe. La Reina y yo lo sabemos.

Todo ello me llena de noble orgullo, al poder contemplar esta participación de los españoles en todos los sectores de la vida de Iberoamérica y, concretamente, en la gran ciudad de São Paulo de Piratininga.

España tampoco os ha olvidado nunca.

Cuando un grupo de abnegados españoles de São Paulo se propuso la idea de llevar a cabo la construcción de un colegio que impartiese la cultura española, España recogió esa idea, y aquí tenemos el Colegio «Miguel de Cervantes» para que vuestros hijos y los brasileños que en él estudian tengan el mismo tipo de formación escolar e intelectual de aquellos que están en la Patria.

España, repito, no se olvida de vosotros. Se os tiene presente para todo, como una parcela muy importante de nuestra población, sin la cual la idea de España, en cuanto pueblo, estaría incompleta.

La Reina y yo os damos las gracias a vosotros, los que habéis podido venir a nuestro encuentro. Y a todos podéis decirles que España se preocupa y se ocupa de sus compatriotas de ultramar, a los que lleva en el corazón.

## **DISCURSO DE S. M. EL REY EN LA UNIVERSIDAD DE SÃO PAULO CON OCASIÓN DE SU NOMBRAMIENTO COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA» DE LA MISMA**

Señor Rector de la Universidad de São Paulo,  
Autoridades académicas,  
Señores profesores,  
Señoras y señores:

El honor que me deparáis con la investidura como Doctor «Honoris Causa» por esta prestigiosísima Universidad de São Paulo, tiene para mí un profundo significado y constituye una satisfacción especialísima, por cuanto rebasa el marco normal de la distinción de que se me hace objeto.

Se hace preciso en este orden de ideas una explicación sobre el sentimiento de que os hablo.

En el mes de noviembre de mil novecientos setenta y ocho, con motivo de un discurso pronunciado en la Universidad de San Marcos, de Lima, que me honró con análoga distinción, puse de manifiesto el hondo sentido histórico que se precisa para valorar debidamente la íntima trabazón intelectual y humana que ha unido siempre a las universidades americanas con las españolas.

Señalaba en aquella ocasión que las catorce generaciones genealógicas que nos separan del gran comienzo de la época de los descubrimientos y la colonización de América son, en realidad, un breve espacio de tiempo histórico.

A pesar de la gran obra realizada, es evidente que la función básica de la vieja idea medieval de la «universitas» está abriendo aún nuevos cauces y buscando nuevas fronteras.

En ninguna parte, la idea motriz de una universidad en marcha es tan evidente como en América. Y posiblemente sea la Universidad de São Paulo uno de los grandes focos intelectuales del continente, con categoría de auténtica pionera en muchas de las enseñanzas que aquí se imparten.

Pero no es sólo la Universidad, sino la propia vida intelectual brasileña en su conjunto, la que aporta los valores de una larga tradición cultural propia de este país, y, en definitiva,

el carácter de renovación que vive hoy el mundo de la cultura y que tan necesitado está de nuevas ideas y experiencias con auténtica validez y dimensión universales.

Al agradecer esta distinción, resumen y compendio de los más altos valores del espíritu de este gran país, quisiera traer a la consideración de todos ustedes que en este mundo de las ideas —tan lejos de los intereses meramente políticos o de las exigencias inmediatas que plantean las relaciones internacionales— existen algunos conceptos fuertemente sentidos en mi país que pueden alumbrar nobles expectativas en la evolución de la propia idea de la Universidad en nuestros pueblos.

La cultura ibérica ha aportado muchos valores al mundo, no sólo al occidental.

La dimensión ecuménica de nuestra cultura y de sus modos de actuación y difusión forma parte ya de un patrimonio común de la humanidad. Y es curioso comprobar cómo en el origen de aquella gran aportación hemos caminado estrechamente y de la mano durante los últimos siglos.

Señor Rector,  
Autoridades académicas:

El elemento diferencial más importante en cualquier proceso histórico-cultural suele venir dado por la lengua. El idioma es la sangre de nuestra cultura, como decía aquel insigne gramático andaluz del siglo XV, Antonio de Nebrija.

En el caso de Brasil, de Portugal, de las vecinas naciones hermanas de este gran continente y de la propia España, el elemento diferencial al que aludo no existe realmente.

Por el contrario, se pierde en un tronco común.

El señorío de vuestra noble lengua portuguesa viene fundido históricamente en el crisol común de las lenguas romances peninsulares. Incluso desde un punto de vista cronológico, el primer gran paso del latín vulgar a la nueva lengua lo da la lírica galaico-portuguesa.

Brasil heredó los valores de aquel gran vehículo de difusión cultural, que enriquece día a día en las aulas y fuera de ellas.

El avance del idioma, las nuevas experimentaciones en el campo de la semántica, el hallazgo de nuevos vocablos y la necesidad de encajar nuevos conceptos tecnológicos y científicos en términos de nuevo cuño, son la savia de la lengua.

Se dijo, sin razón alguna, que los pueblos ibéricos, nuestros pueblos, habían estado dotados para el cultivo —siempre brillante— de las humanidades y de las artes, pero que adolecen de ciertas condiciones básicas para afrontar con igual habilidad el mundo científico, de la experimentación y de la práctica. Esto, que siempre fue una verdad a medias, es hoy totalmente falso.

Incluso en los albores de la presencia de la civilización europea en este continente, hubo algunas especialidades científicas como la astronomía, la cartografía y la náutica en que la contribución de nuestros pueblos fue no ya general, sino trascendente y casi monopolizadora. La épica de aquellos siglos, de la que Camoens fue el gran intérprete, no se comprende sin el obligado tributo a nuestra ciencia de entonces.

Ello no ha desmerecido nunca aquel viejo respeto por las humanidades, ni el prodigioso cultivo de las mismas.

Incluso hoy, en la marcha necesaria hacia un nuevo espíritu humanístico, los países de nuestra estirpe tienen mucho que decir y que aportar al gran caudal común.

El proceso reversivo del discurso crítico-científico que presenciamos en nuestras sociedades actuales sólo puede ser válido tratando de obtener la síntesis total, la dimensión única del hombre en el mundo, a la que aspiraron las grandes inteligencias renacentistas de los siglos XV y XVI.

La crisis de valores, la búsqueda de nuevos caminos, la necesidad de fundar un nuevo orden internacional que aleje a la humanidad del holocausto de la guerra total y de las graves injusticias sociales que aún padece el hombre sobre la tierra son, mis distinguidos amigos, retos perentorios que acosan nuestro quehacer diario y a los cuales la primera obligada en dar respuesta es la Universidad.

En esos nuevos caminos, la aportación de la intelectualidad brasileña y de esta gran Universidad de São Paulo ha rebasado ya vuestras fronteras desde hace muchos años para adquirir reconocimiento público e infinidad de disciplinas: vuestra medicina, la gran tradición liberal de vuestra Facultad de Derecho, el cultivo de las ciencias sociales y el prestigio de las nuevas escuelas de la sociología del desarrollo, en que las generaciones de brasileños se suceden unas a otras en brillantez y experiencia acumulada, son buena prueba de ello.

A principios de siglo los españoles entendieron, en un generosísimo movimiento crítico que se conoce con el nombre de generación del noventa y ocho, que era preciso cambiar la filosofía de los pueblos históricos, entendiendo por tales los que habían aportado valores decisivos al desarrollo de la humanidad.

La triste coyuntura o circunstancia histórica en que dicha reflexión se fundaba, obedeció, como muy bien saben ustedes, a una guerra que muy bien pudo ser llamada «la última de las guerras románticas».

A partir de 1898 y tomando como base la propia regeneración del viejo solar ibérico, España comienza a mirar a América con la objetividad que da la perspectiva histórica, exenta de intereses a plazo fijo pero sólidamente fundada en el uso de un patrimonio común.

La filosofía de las sociedades modernas y de los pueblos históricos, tan magistralmente desarrollada en Ortega y Gasset, Unamuno y el propio Gregorio Marañón, saltan a este lado del Atlántico y se integran de lleno en el proceso reflexivo y creador de Brasil y las otras naciones hermanas, tan orgullosas ahora de su estirpe ibérica.

En ese caminar abierto, franqueado por el respeto y la admiración de tantos otros pueblos, la literatura ha servido de vehículo en esa síntesis unitaria: de Camoens y de Cervantes a Machado de Assís y a Jorge Amado, la fuerza de nuestra lengua ibérica lo ha invadido todo. El teatro, la poesía, la gran narrativa de los últimos veinte años —tan plagada de excelentes obras brasileñas— han asombrado al mundo.

El sentido individualista, el espíritu épico, el determinismo del medio físico y la subsiguiente adaptación cultural, han dado paso en los últimos años a una gran poesía crítico-social, heredera de nuestras mejores glorias.

La explosión de las artes plásticas ha tenido en nuestros pueblos, y a veces Brasil ha sido vanguardia de estos movimientos, una dilatada historia.

El prodigioso arte barroco de que tan excelente muestra son las iglesias de Salvador en Bahía y el más tardío que se da en la maravillosa ruta del barroco de Minas Geraes, ya entrado el siglo XVIII, constituyen un patrimonio artístico muy sólido que estáis sabiendo conservar y proteger, pues no solamente es un bien vuestro, sino también del arte universal.

Dos siglos más tarde, esta inquietud oficial de todos los gobiernos brasileños se ha traducido en la búsqueda de nuevas experimentaciones, en torno a las vanguardias del arte, mediante infinidad de foros artísticos y exposiciones internacionales.

La Bienal de São Paulo tiene un gran peso específico en la vida cultural y artística de toda América.

La propia fisonomía de vuestras ciudades, desde Río de Janeiro a São Paulo, desde Salvador a Recife, desde esa joya de San Luis de Maranhão a Brasilia, con el prodigioso plano urbanístico de Lucio Costa y el genial enfoque de la moderna arquitectura a cargo de Oscar Niemeyer, es paradigma de un protagonismo artístico de Brasil en el mundo entero.

La comunidad de ideas de que os he hablado y el sentido de la ética y de la estética en los propios valores de la herencia cultural hispana, vienen enriquecidas por la aportación de elementos sumamente originales que trabajando sobre el patrimonio común de la tradición cristiana, de la civilización grecorromana, de las contribuciones de otros pueblos que dejaron su paso en la península Ibérica, de la riquísima historia originaria de América, dan un sentido único y especialísimo a nuestros valores ibéricos.

Un gran ensayista español de este siglo, Américo Castro, señala que el fenómeno cultural, único en Europa, que se produce en la península Ibérica durante los siglos medievales y renacentistas obedece a un factor original y propio de nuestra cultura: la mezcla de lo íntimo, de lo personal y lo subjetivo con los elementos de observación objetivos.

En España, en Brasil, la experiencia de lo personal, la perspectiva humana insoslayable, enriquece «ab initio» el fenómeno de la progresión científica y del discurso crítico universitario. Esta aportación original ha enriquecido la cultura universal.

Yo quisiera que, en base a esta experiencia, las viejas conexiones de nuestras universidades, tan cargadas de dimensión histórica, se relanzaran con fuerza en estas fronteras del siglo XXI.

Que la cooperación científica y técnica que demanda el mundo de nuestros días se hiciera cada vez más estrecha entre Brasil y España.

Invito a partir de ahora no sólo a las instancias políticas y administrativas de ambos países sino, a lo que aún es quizá más importante, al sector del mundo de la cultura y de la Universidad, tan dignamente representado aquí, a participar con entusiasmo en estos nuevos caminos que deben estrechar la vieja y afectiva relación histórica entre Brasil y España.

Que el eje cultural e histórico entre la península Ibérica y este gran Brasil de nuestros días sea una realidad operativa y brillante a nivel mundial, pues no le faltan elementos de riqueza para conseguirlo.

Mi país conoce perfectamente que, gracias a un proceso histórico irreversible, pero que es preciso cuidar y atender, nunca ha estado solo ni podrá estarlo.

Que forma parte de una gran familia que vive a ambas orillas de este gran océano.

Y que, en definitiva, nuestra comunidad de intereses y nuestra sólida herencia deben dictar la coordinación de nuestros pasos y ofrecer nuestra experiencia única y sumamente válida al resto del mundo.

No hacerlo así, señores, sería una ingratitud histórica y un suicidio cultural, en un momento en que el proceso de democratización y la riqueza que aporta el pluralismo político, facilitarán enormemente la circulación de nuestras ideas culturales no sólo en el hemisferio, sino en el mundo entero.

Progresar en aquella dirección requiere sentir el noble orgullo de pertenecer a un solar en donde se fraguó una de las mayores aventuras culturales de la humanidad, en la que los jóvenes pueblos de América aún no han dicho su última palabra.

Esa es la gran experiencia que debe animarnos y éste es el sentimiento de orgullo ibérico que nos une cara al futuro.

## **BRINDIS DE S. M. EL REY EN LA CENA OFRECIDA EN SU HONOR POR EL GOBERNADOR DEL ESTADO DE SÃO PAULO, SR. FRANCO MONTORO**

Señor Gobernador,  
Señoras y señores:

Permitidme agradeceros brevemente la cordial bienvenida y la cálida hospitalidad con que nos habéis acogido en nombre de la ciudad y del Estado de São Paulo.

El primer sentimiento durante nuestra estancia en São Paulo es el de admiración por la dimensión de esta gran urbe. Por su poder industrial, por la fuerza y empuje de su banca y de sus universidades, por el profundo significado de su capitalidad cultural.

En esta ciudad late el pulso de todo un gran país y desde este punto irradia el trabajo ejemplar y constante de vuestros hombres de empresa, del mundo del trabajo, de los científicos y de los técnicos que planean desde el corazón de este Estado, ese gran Brasil que ya es una realidad hoy.

Ha sido muy grato para la Reina y para mí el tiempo que hemos dedicado a compartir unos instantes con la colonia española en São Paulo, tan numerosa y ejemplar, tan querida y respetada, tan integrada en la sociedad paulista, en el mundo de la cultura y del trabajo, en sus centros docentes.

Buena prueba de ello es la existencia del Colegio Español Miguel de Cervantes, institución de enseñanza de relieve y prestigio que nos llena de orgullo.

Brasil, señor Gobernador, es parte importante de un continente. Y España, prolongación de otro, está volcada históricamente hacia los pueblos hermanos de esta parte del Atlántico.

Creo firmemente que, en la aproximación que nos aguarda, el Estado de São Paulo jugará un papel importante para la intensificación de los intercambios financieros, económicos y comerciales entre nuestros dos países, que precisan dar un giro cualitativo a una relación siempre cordial pero posiblemente insuficiente.

España puede aportar, y de hecho ya lo está haciendo durante los últimos años, una experiencia útil y aprovechable tanto a nivel científico como tecnológico en el actual estado del desarrollo brasileño. Miramos con especial atención el diálogo con este Estado, en el que ya viven y trabajan numerosos hombres de empresa de mi país.

En esta ciudad, señor Gobernador, donde algunos españoles — como es el caso del Padre Anchieta— dejaron la impronta de su personalidad y grandeza, se observa la huella de una presencia histórica y cultural, aún muy viva, de muchos de mis compatriotas.

Porque esa huella se intensifique y sirva a los propósitos ejemplares de la gran síntesis cultural y étnica cuyo ejemplo Brasil ofrece al mundo, levanto mi copa para brindar por vuestra felicidad y ventura personales, por la prosperidad de esta gran ciudad y el crecimiento del Estado de São Paulo y, en definitiva, por el futuro de una colaboración permanente y ejemplar de España en la construcción del porvenir de esta querida tierra.

# LOS REYES EN VENEZUELA: PREMIO SIMÓN BOLÍVAR

*Al asumir íntegramente hoy el legado de la historia común, comprometo también mi fidelidad a ese mensaje de libertad, justicia y paz en la mente de los hombres y en la vida de los pueblos que nos legara Bolívar. Primero, a los hombres y países que componen esa comunidad a uno y otro lado del Atlántico y, por extensión, a toda la humanidad*

## DISCURSO DE S. M. EL REY EN EL PANTEÓN DEL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR

*Caracas, 24 de julio de 1983*

Nos encontramos reunidos para rendir homenaje a la memoria de Simón Bolívar en el doscientos aniversario de su nacimiento.

Cuando la obra de un hombre trasciende en dos siglos a los años en que vivió, podemos afirmar que esa obra es ya definitivamente histórica e histórica es, efectivamente, la obra de Bolívar.

Y si lo es y su memoria sigue viva en nosotros es porque, como en toda historia verdadera, algo, o mucho de ella, sigue todavía vigente.

Simón Bolívar fue ante todo un hombre de su tiempo. Un tiempo en el que un universo nuevo de ideas filosóficas y sociales conmueve los fundamentos mismos del antiguo régimen.

La profunda revolución política que se lleva a cabo en nombre de las libertades motivará, en primer lugar, la guerra de la independencia de los Estados Unidos de Norteamérica y, en segundo lugar, la Revolución Francesa.

La historia del hombre occidental es una larga marcha hacia la conquista de la libertad.

Los tiempos han ido añadiendo en ese combate, siempre inacabado, nuevas y más profundas dimensiones a la libertad.

Para el hombre del siglo XVIII la libertad se despliega en un conjunto de libertades concretas. Son esas libertades, que ahora todos conocemos, porque desde aquel momento habrían de figurar en el frontispicio de los textos constitucionales.

Simón Bolívar, como hombre de su tiempo, combate por el triunfo e implantación de esas libertades. Su pugna incansable se inicia en el momento mágico del «juramento del Monte Sacro» y sólo termina en el instante de su muerte en Santa Marta.

Antes de él, en el antiguo régimen, el español de acá o de allá del Atlántico había gozado de libertades y derechos. El Estado del antiguo régimen reconocía derechos y asignaba obligaciones a sus súbditos, pero como en todo régimen jerárquico y estamental, esos derechos se gozaban en proporción desigual y los deberes se exigían en desigual medida.

Conforme avanza el siglo XVIII, el hombre se irá sintiendo cada vez más tiranizado, porque no acepta esa desigualdad y comienza a identificar libertad con igualdad.

Sólo la igualdad ante la ley hace a los hombres libres. Y sólo existirá esa igualdad ante la ley si todos contribuyen a hacer la ley.

Así, la libertad deja de ser entendida como la limitación que el individuo pone a la codicia del poder, para pasar a ser vivida como la participación del ciudadano en la gestión del Estado. Desde entonces las libertades exigirán la democracia como marco necesario para su ejercicio. Deseo repetir, como las repetí el doce de octubre del pasado año, las palabras que Octavio Paz pronunció con ocasión de recibir el Premio «Cervantes» en Alcalá de Henares, el veintitrés de abril de mil novecientos ochenta y dos: «Aunque libertad y democracia no son términos equivalentes, son complementarios; sin libertad, la democracia es despotismo; sin democracia, la libertad es una quimera.»

Por eso estamos obligado a afirmar una y mil veces que no es posible la democracia sin libertad, ni la libertad sin democracia.

Y hemos de afirmar también que esas libertades podrán no ser suficientes al desarrollo democrático, pero nunca dejarán de ser necesarias.

Decía, señores, que por esas mismas libertades luchó Bolívar y al hacerlo dio expresión a la realidad que ya era —y sigue siendo— la nuestra.

Al decir que era la nuestra, me refiero a la evidencia de que, al mismo tiempo que en América, otros hombres en España iniciaban un combate igual y paralelo.

Combate que allá y acá habría de implicar un largo y dolorosísimo rosario de enfrentamientos.

Algunos no supieron o no quisieron comprender que la vigencia del antiguo régimen ya no era posible, cegados tal vez por el brillo de su grandeza, porque la empresa española en América fue una de las acciones políticas de más considerable magnitud que el hombre haya diseñado en todos los tiempos.

Otros negaron, ofuscados por las innegables sombras, uno de los más elementales derechos políticos de los pueblos: el saber asumir el pasado. Este, si nos negamos a asumirlo, pretende siempre retornar como presente, originando una espiral histórica de dramáticas consecuencias.

Si la lucha igual y paralela que los españoles de la península emprendieron hubiera triunfado a su debido tiempo, la historia de nuestros pueblos hubiera sido escrita de otro modo.

Impresiona leer estas palabras de Bolívar a Fernando VII, escritas en mil ochocientos veintiuno: «Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria; pero erguida, no abrumada de cadenas.»

Y es curioso comprobar que al dejar de vivir bajo una misma soberanía España y las naciones hispanoamericanas, es cuando más se asemejaron en sus destinos históricos.

Durante más de un siglo nuestras naciones han sufrido una misma suerte escrita con dolor, humillaciones y subdesarrollo. Nunca nuestros sentimientos estuvieron más cercanos y nuestros hombres y mujeres se comprendieron más hondamente.

Símbolo y resumen de esa aproximación fueron esos millones de emigrantes españoles que en ese tiempo llegaron, con sus esperanzas abiertas, a vuestras tierras, viendo en ellas, como dijera Ortega y Gasset, más que la tierra prometida, la tierra promisor.

Nuestra gratitud es inmensa a quienes supieron callada y modestamente dar ejemplo de laboriosidad y de lealtad.

Tal vez, sin saberlo, no hicieron sino cumplir la profecía de Simón Bolívar, aceptando la oferta que se les hacía generosamente de una segunda patria.

Los enfrentamientos fratricidas, las divisiones, los odios y la miseria venideros, supo preverlos Simón Bolívar y constituyeron la amargura de sus últimos años. Pero también supo discernir dónde estaba el remedio. La solución sólo podía ser una: unidad.

Escuchemos sus palabras: «Seguramente la unión es la que falta para completar la obra de nuestra generación.»

La unión era el medio de realizar sus fines políticos: «Es una idea grandiosa — escribe — pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse.»

La unión es la gran enseñanza bolivariana y la gran tarea cuya consecución se ofrece a nuestra generación.

Y esta unidad debe ser asentada en tres planos. El primero, el cultural; constituye el substrato de todo lo demás. Esa última realidad que es la cultura común, asegura la virtualidad del empeño.

En ese plano cultural, España se siente irreversiblemente inserta en la Comunidad Iberoamericana de Naciones, porque en ella ve reflejado su origen y dibujado su horizonte.

Pero vemos que esos lazos culturales, por sí solos, son poco eficaces para hacer frente al reto histórico.

Es necesario un proyecto de unidad en el plano económico. Todos los programas de integración económica señalan los medios y los objetivos. En uno de esos proyectos integrados, en el que puso en marcha el acuerdo de Cartagena, y que agrupa precisamente a los países bolivarianos, vemos fructificar la semilla fecunda, plantada por el Libertador.

Sólo la unidad económica puede ofrecer la garantía del éxito y asegurar los derechos de los pueblos iberoamericanos.

España, que por imperativos geográficos pertenece sustancialmente a otra área económica, se ha comprometido a apoyar esos derechos y cree que su ingreso en la Comunidad Económica Europea le permitirá hacerlo con toda eficacia.

La unidad política constituirá el plano último en el que Iberoamérica asiente una de las estructuras políticas que está llamada a transformarse en gran protagonista de la historia universal del próximo futuro.

Sólo con una concentración de las hasta ahora dispersas fuerzas políticas, será posible evitar los dolorosos acontecimientos que, como el vivido dramáticamente el año pasado, conmueven a la conciencia hispanoamericana.

Pero no cabe el propio engaño ni hacer que nuestro deseo vuele tan por delante de la realidad que siga siendo un sueño. No podemos seguir hablando del sueño de Bolívar. Esa realidad nos recuerda todos los días que aún hay enfrentamientos, divisiones y miseria.

El derecho internacional de América, que se nutre del pensamiento bolivariano, reconoce y proclama los principios de proscripción del uso, o de la amenaza del uso, de la fuerza; del no reconocimiento de las anexiones territoriales, resultado de la guerra; de la ilicitud de aplicaciones de medidas económicas o de cualquier

otra índole para coaccionar a un Estado y de la necesaria solución pacífica de todos los conflictos o diferencias internacionales.

¡Qué mejor homenaje al Libertador, en este segundo centenario de su nacimiento, que aplicar y hacer vivir estos principios que son hoy los principios universales de derechos de gentes!

El derecho de gentes nació prácticamente como meditación de los teólogos españoles, en respuesta a los problemas suscitados por el Descubrimiento de América.

La mejor celebración del V Centenario del Descubrimiento sería pasar de la declaración abstracta de esos principios a su utilización concreta y viva, de forma tal, que todos los conflictos existentes en la actualidad que no conocen un procedimiento de solución pacífica o aquellos otros que están sometidos a un proceso de arreglo, entrasen en un camino cierto de encauzamiento y progreso, de manera que en mil novecientos noventa y dos todos ellos se encontrasen definitivamente solucionados.

Vale la pena, con la ayuda de Dios, hacer el intento.

Sería el comienzo de la paz y de la unidad de América.

Sería el cumplimiento de la herencia de Simón Bolívar, el Libertador.

## DISCURSO DE S. M. EL REY AL RECIBIR EL PREMIO «SIMÓN BOLÍVAR»

*24 de julio de 1983*

Con la misma emoción y respeto con que esta misma mañana deposité mi ofrenda ante el panteón de Simón Bolívar, acepto hoy de vuestras manos el Premio Internacional que lleva el nombre del Libertador.

Quiero comenzar expresando mi especial satisfacción por el alto significado de solidaridad que encierra el haber unido, bajo el símbolo bolivariano de este primer Premio Internacional, a quien, prisionero, asume el dolor de un enorme sector de la humanidad que clama por la libertad y la justicia, y al que ha heredado la gloria, la responsabilidad y el riesgo de iniciar la nueva andadura de un país como España, encrucijada de tres civilizaciones.

Al testimoniarnos mi agradecimiento por este Premio, señor Presidente de Venezuela, señor Director general de la UNESCO, quiero también hacerlo extensivo al ilustre jurado que lo propuso.

Y lo extiendo asimismo al amplio y plural grupo de gobiernos, de instituciones y personalidades que —más en homenaje a España y al pueblo español que a mi persona— ha respondido a los sentimientos íntimos y profundos de ese mismo pueblo, suscitando y apoyando la simbólica asociación de la Corona con el nombre de Simón Bolívar.

Culminan hoy, sin agotarse, las ceremonias y solemnidades que han marcado a este año como el del bicentenario del nacimiento del procer, personificación de todas las ansias de libertad y justicia de este continente, compendio hoy en el suyo de todos los nombres de los demás libertadores, de los demás luchadores americanos. Se consagra así el reconocimiento del alcance universal de su obra y de su personalidad.

Con el recogimiento que exige esta ocasión y la serenidad de quien recibe una distinción en que se decantan doscientos años de esperanzas y frustraciones, aparentemente distantes pero paralela e íntimamente compartidas, quisiera poder contribuir a tomar conciencia de lo que el nombre de Simón Bolívar evoca, no sólo como símbolo universal, sino también como ejemplo humano.

Todo español que viene a América —dije en una ocasión para mí memorable— siente que en ella encuentra sus raíces. Todo español, por ello, tiende a reconocer, en los grandes hombres que la representan, el espíritu de la estirpe. Un espíritu basado, más que en identidades o diferencias de raza, en tareas comunes y siglos de convivencia.

Simón Bolívar es para nosotros, ante todo, la figura que resume con carácter egregio lo más positivo de aquellos forjadores de nuestra historia común.

No es difícil descubrir la solidaridad con aquella historia, la conciencia americana y española presente en los grandes movimientos de emancipación.

Muy vivamente lo expresaban en mil ochocientos once los firmantes del Acta Solemne de Independencia de la Confederación Americana de Venezuela, al señalar, como uno de sus fundamentos, los agravios causados «a todos los descendientes de los descubridores,

conquistadores y pobladores de estos países, hechos de peor condición por la misma razón que debía favorecerlos».

Por ello, al recordar al hombre-Bolívar, enraizado en su pasado español, pudo decir Miguel de Unamuno que el alma de Bolívar «era de todos, que creó patrias y que, enriqueciendo el alma española, enriqueció el alma de toda la humanidad».

Profundamente instalado en la realidad de su tiempo, en el que se desploman las estructuras del antiguo régimen y con él la fecunda utopía de la Monarquía hispánica, comulgará en lo esencial Simón Bolívar con las ideas que animaron a gran parte de sus contemporáneos, algunos de ellos adversarios en el campo de batalla, mientras se trataba, también en la península, de constituir una sociedad nueva, manteniendo vivo y más libre el cuerpo de las dos Españas.

El precursor Francisco de Miranda saludó a la Constitución de Cádiz como «el más importante monumento jamás dado por la metrópoli en beneficio del continente americano». Pensaba, en efecto, que ofrecía la posibilidad de que «un acuerdo pacífico reconciliase a americanos y españoles para que en lo sucesivo formasen una sola sociedad, una sola familia y un solo interés».

El admirable esfuerzo de aquellas Cortes de mil ochocientos doce, refrendado por cuarenta y nueve diputados americanos de todas las latitudes y orígenes y entre cuyos nombres peninsulares y criollos aparece la firma del peruano Dionisio inca Yupanqui, inspiró muchos de nuestros textos fundamentales y vivifica hoy todavía con su savia la Constitución española de mil novecientos setenta y ocho.

Tampoco Bolívar es historia pasada.

Un examen de conciencia colectivo nos obliga a descifrar el mensaje permanente para el futuro, que su vida, tan breve, y su obra, altísima e inacabada, ofrece a los hombres de hoy.

La extraordinaria originalidad del pensamiento bolivariano, y en la que posiblemente radica el secreto de su fuerza movilizadora, es la conjugación del espíritu de libertad y de la idea nacional, incipiente todavía en Europa e inexpresada en el continente americano.

Un paso más, en el que se combinan su intuición y su realismo, a pesar de la apariencia utópica del proyecto, le lleva a la concepción de la patria grande.

Este es el sentido que contiene la Carta de Jamaica, de la que hoy también España se siente destinataria.

Se trata, nada menos, que de la libertad en la unión, que, en palabras del propio Simón Bolívar, «no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos».

Importante es también el sentimiento de la justicia que subyace en toda la obra y la vida del Libertador, no sólo cristalizado en proyectos y realizaciones constitucionales, como los de Colombia y Bolivia, en los que se articulan las instituciones heredadas sobre nuevas bases fundadoras de un Estado de derecho, sino también en el espíritu que anima a sus disposiciones para el reparto de tierras entre los campesinos, las medidas contra la usurpación de derechos y caudales del Estado y la tenacidad en garantizar los derechos de todos a la educación, como base esencial de la convivencia ciudadana y de la paz social.

Fue esta paz en la libertad y la justicia la que persiguió denodadamente el Libertador.

«Hizo la guerra — como Unamuno recordaba, al comparar a Bolívar con Don Quijote— para fundar la única paz durable y valedera: la paz de la libertad.»

Propugnó así, en Angostura, como pieza esencial de un nuevo e ideal orden constitucional, la instauración de un poder moral compuesto de dos Cámaras: la de Educación y la de Moral, cuya finalidad última era justamente la de situar en un plano prioritario de las acciones del Estado, aquellas tendentes a la perfección moral y a la instauración de la paz en el Derecho.

Nos legó también Bolívar, insisto, un ejemplo como hombre, al poner enteramente su persona al servicio de su obra. Fue un hombre entero y radicalmente honesto, y, como destacaba otro americano, José Martí, «después de defender, sobre todo, el derecho de América a ser libre, murió del pesar del corazón más que del mal del cuerpo: murió pobre y dejó una familia de pueblos».

Al asumir íntegramente hoy el legado de la historia común, comprometo también mi fidelidad a ese mensaje de libertad, justicia y paz en la mente de los hombres y en la vida de los pueblos que nos legara Bolívar. Primero, a los hombres y países que componen esa comunidad a uno y otro lado del Atlántico, y, por extensión, a toda la humanidad.

Si sabemos ser fieles a tal legado, será éste un feliz, gozoso y prometedor reencuentro.

Nuestro futuro, en que tantas cosas podremos hacer juntos, no se apoya ni en la nostalgia ni en el rechazo del pasado, sino en una profunda solidaridad con los pueblos de este continente, que nos hace vivir muy de cerca sus problemas más acuciantes, sean los de su independencia política y económica, los de su desarrollo o los derivados de sus ansias de una mayor justicia social.

Pero, como he dicho ya alguna vez, la historia es siempre universal y la historia siempre es futuro.

Las diferencias de intereses y criterios, que afectan tanto a los pueblos como a los hombres, sólo se pueden unificar en la esperanza.

Desde la variedad de los pueblos de España, desde el respeto a la complejidad de esta América que tan claramente supo percibir Simón Bolívar, yo os quiero decir que España, los españoles y su Rey, estamos con vosotros en esa esperanza.

Complejos y diversos son nuestros problemas.

Dentro del propio continente y sobre un origen común, sobre una lengua y una cultura comunes, compartidas por España, se combinan las más diversas situaciones, como círculos diversos, unas veces concéntricos, otras tangentes, que componen una espléndida rosa, complicada, conflictiva, pero prometedora.

Lo han dicho autorizadas voces americanas: estamos llamados, como grupo de países, a desempeñar un papel de mediadores en la sociedad universal entre el Norte o Centro industrializado y el Sur o periferia, rico en recursos, pero trabado en compromisos y en tensiones, ya sean surgidas en el propio seno de nuestras sociedades o provocadas desde fuera.

Gran parte de los habitantes de nuestro planeta vive sacrificada por los inexorables mecanismos de la economía a niveles de vida, de miseria material y degradación de su condición humana.

Todos esperamos que algún servicio pueda prestar a la transformación de esa realidad, no sólo la puesta en marcha del potencial humano y la movilización de los recursos económicos de nuestra comunidad, sino también el soplo espiritual que inspiró al Libertador y a la obra que se inició hace poco menos de quinientos años, alumbradora con dolores y gozos de un nuevo mestizaje y de la esperanzadora empresa que es Iberoamérica.

No creo que nuestra comunidad pueda estar ajena a lo que ocurre, no ya dentro de su seno, sino en el amplio y vecino mundo.

«Hay otro equilibrio que nos importa a nosotros —dijo Bolívar—: el equilibrio del universo. Esta lucha, la lucha por la libertad, no puede ser parcial de ningún modo, porque en ella se cruzan intereses esparcidos por todo el mundo.»

La libertad, como ha dicho Su Santidad el Papa Juan Pablo II, «se mantiene como una lucha y se paga con todo el ser».

Sólo podemos encontrar nuestra libertad en la libertad de los otros.

No puede llamarse libre quien fundamente su libertad sobre la opresión de los demás.

Por eso, a la vez que reitero mi satisfacción, reitero hoy la decisión de España, de su Rey y de su Gobierno, de continuar prestando destacada atención a los problemas de África y de apoyar activamente las justas causas africanas a todos los foros, y muy especialmente la libertad total del continente y la lucha contra el «apartheid», que el pueblo español rechaza como un agravio a la dignidad del hombre.

«Donde duerme Bolívar cabe un mundo», escribió el político español Emilio Castelar.

Ojalá quepa un mundo también en los ideales de paz, de justicia y de libertad que presiden hoy los afanes del Gobierno de Venezuela, de todos los países de nuestra comunidad y de la UNESCO, que desempeña tan altas tareas en las más sensibles regiones del espíritu y de la vida humana.

Simón Bolívar, que sufrió antes y después de recibir todos los honores y las glorias del nuevo orden que con su esfuerzo se empeñó en construir, estaría hoy muy satisfecho de que su nombre continúe unido a los que sufren por la esperanza de la justicia y de la libertad.

Por mi parte, como Rey de España, seré fiel al compromiso que hoy he asumido, y deseo fervientemente que este premio a la esperanza consagre una realidad en marcha, a la que, con todos los españoles, estoy dispuesto a aplicar mis esfuerzos.

## COLECCIÓN «INFORME»

1. *El Estado y las Fuerzas Armadas.*
2. *La Seguridad Social de los Funcionarios.* Fuerzas Armadas y Funcionarios civiles del Estado.
3. *El Mensaje de la Corona.*
4. *La descolonización del Sahara.*
5. *La hora de las reformas.* El Presidente del Gobierno ante las Cortes Españolas. Sesión plenaria del 28 de enero de 1976.
6. *La Defensa de la Comunidad Nacional.*
7. *Mensaje de la Corona / II.* Primer mensaje Real, a las Fuerzas Armadas, a la Familia Española, al Pueblo de Cataluña, al Consejo del Reino.
8. *Calendario para la Reforma Política.*
9. *Los Reyes en América.* 1. República Dominicana y Estados Unidos.
10. *Medidas económicas del Gobierno.* 8 de octubre de 1976.
11. *Los Reyes en América.* 2. Colombia y Venezuela.
12. *Los Reyes en Europa.* 1. Francia.
13. *Reforma Constitucional.* Proyecto de Ley para la Reforma Política.
14. *La nueva Ley Fundamental para la Reforma Política.*
15. *Mensajes de la Corona / III.* A las primeras Cortes democráticas de la Monarquía.
16. *Los Reyes en América.* 3. Venezuela. Guatemala. Honduras. El Salvador. Costa Rica. Panamá.
17. *Los Pactos de la Moncloa.* Texto completo del Acuerdo sobre el Programa de saneamiento y reforma de la economía y del Acuerdo sobre el Programa de actuación jurídica y política.
18. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de actuación jurídica y política (27 octubre 1977-27 enero 1978).*
19. I. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de saneamiento y reforma de la economía.* 1. Política de empleo y rentas, salarios y seguridad social.
19. II. *Los Pactos de la Moncloa. Cumplimiento del Programa de saneamiento y reforma de la economía.* Política monetaria, Reforma fiscal y Reforma del sistema financiero.
20. *Regímenes preautonómicos y disposiciones complementarias.* Cataluña, País Vasco, Galicia, Aragón, Canarias, País Valenciano, Andalucía, Baleares, Extremadura, Castilla y León, Asturias, Murcia, Castilla-La Mancha.
21. *Un nuevo horizonte para España.* Discursos del Presidente del Gobierno 1976-1978.
22. *El Gobierno ante el Parlamento.* 22 junio 1977-31 octubre 1978.
23. *Mensajes de la Corona / IV.* Primer mensaje de la Corona (1975); Apertura de las Cortes Constituyentes (1977); Sanción a la Constitución Española (1978).
24. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados 30.3.1979.
25. *Mensajes de la Corona / V.* A las Cortes Generales.
26. *Los Reyes en Europa.* 2. Universidad de Estrasburgo y Consejo de Europa.
27. *Mensajes de la Corona / VI.* Mensajes de Navidad 1975-1979.
28. *El Gobierno ante el Parlamento / 2.* Comunicación del Gobierno y discurso de su Presidente en el Congreso de los Diputados 17 y 20 de mayo de 1980.

29. *El Gobierno ante el Parlamento / 3. La Cuestión de confianza.* Discurso del Presidente del Gobierno ante el Congreso de los Diputados. Pleno del 16.9.1980
30. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados 19.2.198.
31. *Los Reyes con el Pueblo Vasco.*
32. *Informe de la Comisión de Expertos sobre Autonomías.* Centro de Estudios Constitucionales. Mayo 1981.
33. *El Defensor del Pueblo.* Legislación Española y Derecho comparado.
34. *Informe de la Comisión de Expertos sobre financiación de las Comunidades Autónomas.* Centro de Estudios Constitucionales. Julio 1981.
35. *Partidos Políticos.* Regulación Legal. Derecho comparado, Derecho español y Jurisprudencia.
36. *Acuerdos autonómicos 1981.*
37. *Regulación jurídico-pública de los productos alimentarios.*
38. *La Seguridad Social Española. Programa de mejora y racionalización.*
39. *Los Reyes en Europa. 3. El Premio Carlomagno.*
40. *Mensajes de la Corona / VII. Apertura de la Legislatura.*
41. *Discurso de Investidura.* Congreso de los Diputados.
42. *Acuerdo sobre retribuciones del personal de la Administración del Estado.*
43. *Consejo de Estado. Discursos pronunciados en el acto de toma de posesión del Presidente del Consejo de Estado.*
44. *Los Reyes en América. 4. Uruguay. Brasil. Venezuela: Premio «Simón Bolívar».*
45. *El Gobierno ante el Parlamento / 4.*
46. *Proyecto de Ley de Medidas para la Reforma de la Función Pública.*
47. *El Gobierno ante el Parlamento / 5.*
48. *Proyecto de Ley de órganos de representación, determinación de las condiciones de trabajo y participación del personal al servicio de las administraciones públicas.*
49. *Consejo de Estado.*



*La proyección americana de España constituye uno de los objetivos fundamentales de la política exterior de mi país y, al mismo tiempo, un compromiso que, encarnado en la Corona, queda reflejado en nuestra Norma Suprema Constitucional:*

*«El Rey asume la más alta representación del Estado Español en las relaciones internacionales, especialmente en las naciones de su Comunidad histórica...»*

(S. M. el Rey de España, en Brasil.)

**Precio: 200 pesetas**

**SERVICIO CENTRAL DE PUBLICACIONES**



**PRESIDENCIA DEL GOBIERNO**